

Segregación urbana y violencia en Cali: trayectorias de vida de jóvenes negros del distrito de Aguablanca	Título
Quintín Quílez, Pedro - Autor/a; Urréa Giraldo, Fernando - Autor/a;	Autor(es)
En: "La société prise en otage. Stratégies individuelles et collectives face à la violence. Réflexions autour du cas colombien"; 23-25 novembre 2000, Marseille, Centre de la Vieille Charité (2me. Étage, salle A), en el tema "guerre, mobilité et territorialité"	En:
Cali	Lugar
CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica	Editorial/Editor
2000	Fecha
	Colección
Masculinidad; Pandillas; Delincuencia; Distribución de la población; Violencia urbana; Causas de muerte; Negros; Desigualdad social; Aguablanca; Cali; Colombia;	Temas
Ponencias	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cidse-univalle/20121113043808/segregacion.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



SEGREGACION URBANA Y VIOLENCIA EN CALI: TRAYECTORIAS DE VIDA DE JÓVENES NEGROS DEL DISTRITO DE AGUABLANCA¹

Fernando Urrea Giraldo²

Pedro Quintín Quílez³

Este texto quiere retomar una propuesta que Carlos Miguel Ortiz, a inicios de la década de los años noventa, postulaba como prioritaria para el estudio futuro de la violencia colombiana: establecidos los múltiples factores de esa violencia y habiendo aprendido a observarlos individualmente, planteaba que era necesario ver las articulaciones entre factores a partir de sus diferencias (Ortiz, 1992: 60). Este tipo de investigación es factible sólo, en primera instancia, si se trabaja sobre un espacio localizado. Por eso, nuestra presentación se aproxima al estudio de la violencia urbana que tiene lugar en los barrios populares del oriente de la ciudad de Cali y con una significativa presencia de población negra. Hemos tomado las trayectorias de tres jóvenes negros menores de 20 años para integrar las dimensiones de la construcción de las sociabilidades urbanas de barriada en condiciones de exclusión y las subjetividades específicas con otras dimensiones sociales que forman parte del contexto de la ciudad y de las dinámicas políticas y económicas por las que atraviesa el país en las últimas dos décadas. Además, hemos incluido un cuarto caso de un hombre adulto que, por su participación en un *grupo de limpieza*, nos permite mostrar algunos tipos de articulación de las violencias urbanas y nacionales. Para ello han sido también útiles las entrevistas a dos antiguos militantes del M-19, hoy reinsertados, con un amplio y detallado conocimiento de las interacciones entre organizaciones y prácticas de violencia en la ciudad.

El tema es digno de atención dado que algunos observadores destacan cómo, aunque quizás sea sólo aparentemente, en la ciudad prospera actualmente un “bandolerismo” de nuevo cuño que haría parecer cada vez más entre sí –sin hacerlas del todo iguales, sin embargo- a las zonas rurales y a las urbanas; ello estaría asociado al abandono y a la despreocupación (o incapacidad de acceso) sobre dichas áreas por parte del Estado (cf. Braun, 2000: 51). Se configuraría así un intenso frente dentro de esos “conflictos múltiples” que habrían caracterizado la historia reciente de Colombia. Pero es precisamente por su cercanía e inmediatez que, a diferencia de la rural, esta violencia se viene a convertir hoy en fuente de preocupación para el conjunto de la población colombiana, mayoritariamente urbana (Braun, 2000: 45-46).

Nuestra aproximación a esta problemática se plantea desde una doble preocupación. Si bien aceptamos las críticas a la explicación de la violencia a partir de las condiciones de pobreza y desigualdad social como factor único (cf. Deas, 1995) o estructural (cf. Ortiz, 1992: 66-67), nuestro propósito es poner de nuevo especial atención a su incidencia a escala micro y meso, pero articulados a otros factores más de carácter político e institucional. Esto significa que a pesar de las características socio-históricas específicas del conjunto de violencias por las que atraviesa

^{1/} Ponencia presentada al seminario internacional “La société prise en otage. Stratégies individuelles et collectives face à la violence. Réflexions autour du cas colombien”; 23-25 novembre 2000, Marseille, Centre de la Vieille Charité (2me. Étage, salle A), en el tema “guerre, mobilité et territorialité”.

^{2/} Sociólogo, Profesor Titular, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, e investigador proyecto Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

^{3/} Antropólogo, Profesor Asociado, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, e investigador proyecto Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

la sociedad colombiana en las últimas dos décadas, es posible encontrar procesos comunes a los que viven diversas ciudades; uno de ellos tiene que ver con los patrones de segregación urbana con exclusión para determinados grupos de la población. Fenómenos que se relacionan con la “ausencia” del Estado como regulador de la vida urbana, además de la dinámica de segregación espacial, pueden ser sin duda una característica transversal a múltiples sociedades contemporáneas.

Por otro lado, queremos ir más allá de considerar la pobreza y la desigualdad exclusivamente como “caldo de cultivo” o como condición de “disponibilidad” sobre las que se montarían otros factores considerados más decisivos (políticos, simbólicos, comunicativos, etc.) para ver, más bien, cómo todos ellos se articulan a escala micro urbana, tratándolos en consecuencia también como parte de los componentes causales de la violencia urbana en Colombia. Nos parece que aunque algunos investigadores de la violencia urbana han tratado de deslindar la asociación entre violencia y delincuencia (cf. Camacho y Guzmán, 1990) separando ámbitos o tipos de violencia (económica, política, social), su finura explicativa es relativa en buena medida debido a que las articulaciones y reciprocidades entre ellas son, por lo menos en el contexto urbano, demasiado estrechas y fluidas.

El reciente estudio de la Misión Social (2000) reabre una discusión, supuestamente superada, al insistir en resultados estadísticos que apuntan a una alta correlación, que no por usual deja de ser pertinente traer aquí, entre desigualdad social o falta de equidad y violencia en Colombia. Así Sarmiento (2000:10) señala que en los años 90 uno de los factores que ha contribuido al incremento de las muertes violentas es la inequidad, enfatizando que la violencia tiende a reproducirse con más probabilidad en sectores o zonas con altas posibilidades de acumulación de riqueza y con presencia débil del Estado; señala además que los pobres no son la causa sino las víctimas de la violencia. Consecuentemente, para él, una propuesta de intervención estatal pasaría por una reflexión pausada sobre la tan extendida idea de que son las zonas violentas las que deben ser priorizadas en el gasto del Estado; antes bien, la acción institucional debería orientarse a lograr acceso equitativo a la justicia y a las posibilidades de acumulación de riqueza. Por otro lado, aunque se ha reiterado que los aspectos económicos deben ser relativizados en su relación con la violencia, no está de más observar algunas limitaciones en abordajes que mantienen esa idea; por ejemplo, el texto de Collier, del Banco Mundial. En su evaluación socio-estadística de las “causas económicas” de los “conflictos civiles” observa que, mientras sí es factible encontrar estrechas correlaciones entre economías exportadoras de productos primarios, bajos ingresos, recesión económica y fuerte crecimiento poblacional, además de fuertes diásporas nacionales, con un mayor riesgo de conflictos civiles violentos, no es verificable una tan fuerte correlación respecto de la desigualdad económica y la precariedad de la democracia –injusticia social-, o con la alta diversidad (étnica o religiosa). Estos últimos, a menudo no serían sino meros discursos legitimadores usados por los grupos rebeldes que, a la postre, podrían dar lugar a percepciones subjetivas de injusticia social y a agravar los procesos sociales (Collier, 2000: 2-5 y 7-8). Más bien habría que ver que estas causas darían lugar a tensión política, a protestas sociales, pero no a movimientos rebeldes organizados, que él asocia a actividades depredatorias y de rapiña: disputas por el control de bienes y recursos económicos⁴.

⁴/ Por otro lado, una revisión de los criterios de selección de la muestra sobre la que se trabajan en el artículo (se define como “conflictos civiles” a aquellos que tienen más de 1000 muertos en combate por año) podría dar otro tipo de resultados (en el caso colombiano, ¿se cuenta a la población civil muerta en incursiones guerrilleras o paramilitares? ¿qué de las acciones de limpieza auspiciadas por los mismos grupos? ¿cómo clasificar los muertos producidos por grupos de delincuencia “común” cuya creación está relacionada a los

Ello hace pensar en la necesidad de colocar a un nivel “superior” (en términos analíticos) la dimensión socio-económica de la desigualdad social. En contextos urbanos la desigualdad en cuanto forma de pobreza relativa se asocia a mayores niveles de violencia si ella se presenta con una relativa alta segregación espacial, que produce formas de exclusión social y, en algunos contextos urbanos como el nuestro, también pueden operar efectos de discriminación socio-racial. En segundo lugar, la violencia directa como forma de ejercicio económico para la búsqueda de la apropiación de recursos de diversa índole –en determinadas condiciones históricas similares a las que vive la sociedad colombiana actual– también constituye una lucha entre agentes económicos con intereses prosaicos, más que de meras actividades de sobrevivencia adelantadas por parte de los sectores peor ubicados de la sociedad. Pero esta violencia así ejercida tampoco es ajena a las formas históricas de construcción de la desigualdad con exclusión, en la medida en que la operación de un particular orden social altamente inequitativo en la distribución de recursos y oportunidades, mediante determinadas formas históricas de exclusión, favorece las prácticas que oscilan entre el oportunismo y el pillaje para la consecución de recursos por parte de los diversos agentes, por supuesto, sin ninguna clase de efectos redistributivos hacia los más pobres.

Sociogeografía de la desigualdad social urbana a través de sus estructuras de población

En un estudio global sobre Cali con soporte en datos de la Encuesta Nacional de Hogares del Dane de junio de 1994 (etapa 84) y otras etapas desde 1982, y con base adicional en otras fuentes indirectas y registros cualitativos, Urrea (1997:150-156) formula la existencia de cuatro *corredores sociales* en la ciudad, de acuerdo a indicadores gruesos de concentración de grupos sociales (niveles de ingresos y estratificación socioeconómica): corredor de periferia pobre de la franja oriental plana de Cali (comunas 6, 7, 13, 14, 15, 16 y 21) o conglomerado oriente; periferia pobre de las laderas occidentales (comunas 1, 18 y 20), conglomerado ladera; concentración residencial de las elites siguiendo el eje norte-sur de la avenida primera y la calle quinta (comunas 2, 3, zona sur de comuna 9, 10, 17 y 19) o conglomerado corredor; y, comunas pericéntricas de estratos 2, 3 y parcialmente 4, entre clases populares estabilizadas y clases medias (comunas 4, 5, 8, zona nororiente comuna 9, 11 y 12) o centro-oriente (ver mapa 1⁵). La comuna 3, zona centro oeste de la ciudad, reúne grupos bien disímiles, sectores residenciales de las elites con clases medias, bajas y muy bajas. En este sentido constituye la comuna más heterogénea de la ciudad. Para el autor todos estos corredores tienen que ver con estrategias implícitas de segregación urbana, las cuales favorecen el patrón de selección/selectividad.

Para efectos de tener una mirada general de las desigualdades, ayudan los indicadores de dependencia demográfica juvenil e índices de masculinidad por comunas. El Cuadro No. 1 permite visualizar en forma sintética la estructura de la población, por grandes grupos etáreos y género, para las 20 comunas y el área rural, según datos del Censo de 1993. Las comunas 14, 15, 13, 20, 1, 18, 16 y 6, en ese orden, presentaban en 1993 las mayores tasas de dependencia

grupos alzados en armas? etc.). Parte de las violencias en Colombia no sólo serían ignoradas sino que, seguramente, su consideración daría lugar a correlaciones más fuertes con respecto a la pobreza y la desigualdad social. Lo significativo es, además, que teniendo en cuenta la dimensión histórica (que él mismo considera, Collier, 2000: 6), la larga presencia de un conflicto daría lugar a una situación donde sus consecuencias (debilidad del Estado, estagnación económica, presencia de armas, formas violentas de resolución de conflictos, etc.) se convertirían en motores y causas de nuevas dinámicas violentas.

⁵/ En él no aparece la zona correspondiente a la comuna 21, pues la base cartográfica es anterior a su creación.

juvenil (menores de 20 o 15 años), lo contrario a las comunas 2,19, 3, 9, 10 y 17, en ese orden, las cuales arrojaban las menores tasas. En una situación intermedia se encontraban el resto de comunas de la ciudad. Las mayores y menores tasas de dependencia total se relacionan con las tendencias anteriores (ver Cuadro 1). Respecto al índice de masculinidad, en general se puede afirmar que las comunas con mayores tasas de dependencia registraban a su vez un índice mayor. Las áreas populares concentraban una población masculina para 1993 superior a las áreas residenciales de clases medias y medias altas. Este patrón urbano, común a otras ciudades colombianas, tiene que ver más con las mayores tasas de participación laboral y residencial de las mujeres en términos proporcionales en los estratos socioeconómicos medios y altos que a factores demográficos.

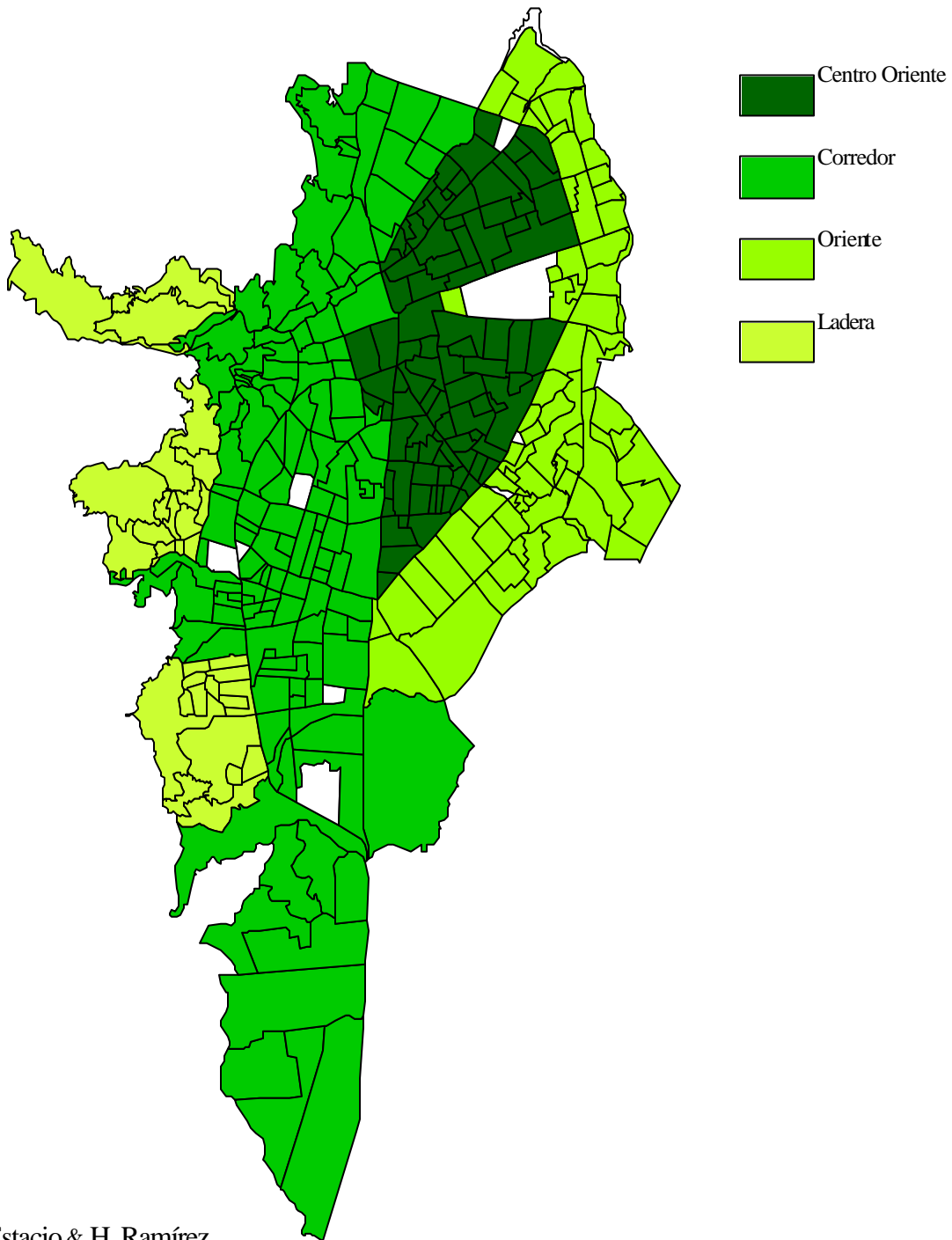
Cuadro No. 1

Índice de Dependencia Demográfica, Total y Juvenil, e Índice de Masculinidad por comunas, censo 1993

Comuna	Dependencia total	Dependencia Juvenil < 20	Dependencia Juvenil < 15	Índice de masculinidad
1	0.94	0.83	0.53	0.96
2	0.69	0.47	0.27	0.72
3	0.74	0.51	0.31	0.91
4	0.80	0.62	0.40	0.90
5	0.71	0.61	0.39	0.87
6	0.83	0.75	0.49	0.90
7	0.83	0.69	0.44	0.90
8	0.76	0.58	0.37	0.90
9	0.75	0.53	0.32	0.91
10	0.74	0.58	0.36	0.87
11	0.81	0.66	0.42	0.89
12	0.84	0.68	0.44	0.93
13	0.98	0.90	0.58	0.93
14	1.02	0.94	0.61	0.97
15	1.01	0.94	0.62	0.92
16	0.87	0.75	0.48	0.92
17	0.71	0.61	0.37	0.80
18	0.88	0.78	0.49	0.95
19	0.69	0.49	0.27	0.75
20	0.96	0.84	0.54	0.99
Area rural	1.00	0.87	0.57	0.99
Cali total	0.84	0.71	0.45	0.89

Fuente: Censo de 1993 Tabulados Especiales del Proyecto Cidse-Orstom, por Barbary y Ramírez.

Mapa 1: Conglomerados o regiones socio-geográficas de Cali



A. Estacio & H. Ramírez

Las estructuras de edades entre las dos zonas populares de la ciudad, la franja oriental y la de ladera, para 1993 presentaban diferencias interesantes, particularmente entre las comunas del Distrito de Aguablanca (13, 14 y 15) y las de ladera (20, 18 y 1): las del Distrito tienen población más joven pues sus tasas de dependencia juvenil superan las de las comunas de ladera por el relativo mayor peso porcentual en los grupos etáreos menores a los 20 años. En síntesis, puede observarse que las dos zonas más pobres de la ciudad corresponden a la zona del oriente, en particular el Distrito de Aguablanca, y la ladera, aun con diferencias entre sí.

El componente socioracial de la desigualdad en la ciudad de Cali

En términos socio-raciales, clasificación a partir del fenotipo, el Cuadro No.2 permite observar que el 32% de la población de la ciudad es negra-mulata, de la que un 13% cae bajo la categoría “negro” y un 19% bajo la de “mulato”. En el caso de la franja oriental la población negra-mulata alcanza el 40%, mientras en la zona centro oriente es del 31%, en ladera el 22.4% -con la advertencia interesante que aquí sobresale la población “mulata”- y en corredor el 24%. También en este último conglomerado pesa muy poco la categoría de población “negra”, aunque es de todas formas mayor que en el anterior. En el caso de la franja oriental de la ciudad las categorías “negro” y “mulato” juntas constituyen un valor porcentual mayor que las otras dos categorías con pesos significativos, “blanco” (37%), “mestizo” (22%). Esto último es importante porque el efecto visual que produce esta región urbana en Cali, vista como “negra”, está también estadísticamente corroborado⁶.

Cuadro No. 2
Distribución de la población total según caracterización racial y conglomerados geográficos

Conglomerados	Caracterización racial						Total		
	Negro	Mulato	Indígena	Mestizo	Blanco	Otro	% fil.	% col	Nro obs
	% fil.	% fil.	% fil.	% fil.	% fil.	% fil.	% fil.	% col	Nro obs
Oriente	18.2	21.4	2.5	21.0	36.7	0.2	100.0	39.9	777617
Centro Oriente	13.8	17.0	1.5	21.3	46.3	0.0	100.0	24.0	468131
Ladera	2.3	20.1	5.4	26.4	45.7	0.1	100.0	10.1	196848
Corredor	6.4	17.1	1.9	20.8	53.5	0.2	100.0	26.0	507262
Total	12.5	19.1	2.4	21.6	44.3	0.1	100.0	100.0	1949858

Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Septiembre de 1999.

Nota: Para el 52% del total de la población encuestada y expandida fue posible establecer su fenotipo, en forma visual por el encuestador. Para el 48% restante se procedió a una asignación arbitraria con base en lazos de parentesco consanguíneos; sin embargo un 5.8% del total no fue posible ser reconstruido. Esto significa que entre la clasificación visual y la reconstrucción por lazos de parentesco se llegó al 94.2% del total de la población. Por esta razón hay diferencias entre los valores absolutos de población de los cuadros 1 y 2.

⁶/ La encuesta Cidse-IRD de un año antes (Barbary, 1999; Barbary, Ramírez y Urrea, 1999), con una muestra del 76% de los hogares de Cali, estimó en 30% los hogares de la muestra expandida como afrocolombianos, 28% como miembros de hogares afrocolombianos y 25% como población negra-mulata.

Cuadro No.3

Distribución de la Población de Hogares Afrocolombianos y No Afrocolombianos por Quintiles y Conglomerados Urbanos de Cali, (% col.)

Quintiles	Zona Oriente		Zona Centro Oriente		Zona Ladera		Zona Corredor		TotalCali	
	Hogar Afro.	Hogar No Afro.	Hogar Afro.	Hogar No Afro.	Hogar Afro.	Hogar No Afro.	Hogar Afro.	Hogar No Afro.	Hogar Afro.	Hogar No Afro.
Quintil 1	30.4	26.0	16.4	13.4	36.4	18.5	7.9	12.4	23.1	18.1
Quintil 2	30.5	23.0	17.9	14.4	24.0	32.8	10.3	9.7	22.9	18.2
% acumulado quintiles 1 y 2	(60.9)	(49.0)	(34.3)	(27.8)	(60.4)	(51.3)	(18.2)	(22.1)	(46.0)	(36.3)
Quintil 3	22.8	22.6	21.2	19.9	21.0	20.8	22.3	14.2	22.2	19.1
Quintil 4	11.9	18.2	23.8	29.5	14.9	15.9	26.4	20.3	17.9	21.2
Quintil 5	4.4	10.2	20.7	22.9	3.7	11.6	33.1	43.4	13.9	23.4
% acumulado quintiles 4 y 5	(16.3)	(28.4)	(44.5)	(52.4)	(18.6)	(27.5)	(59.5)	(63.7)	(31.8)	(44.6)
TOTAL Cali	100	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Cali, Septiembre 1999.

La distribución de la población de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos por quintiles de ingreso y conglomerados (Cuadro No.3), una aproximación a las condiciones de desigualdad social entre los dos tipos de hogares, muestra que la población de los hogares afrocolombianos presenta una mayor concentración en los dos primeros quintiles que la de los hogares no afrocolombianos. Esto es válido para el total de los quintiles 1 y 2, y los conglomerados oriente, centro oriente y ladera (sólo en el primer quintil). En este último la sobreconcentración en el primer quintil es muy fuerte. En el tercer quintil a nivel total continúa la mayor concentración de la población afrocolombiana, pero es el conglomerado de corredor el que explica ese diferencial. Por el contrario, en los últimos dos quintiles la relación es completamente opuesta para el total y cada uno de los conglomerados. Sobresale en este caso el conglomerado de corredor con una sobreconcentración del 43.4% para el quinto quintil en hogares no afrocolombianos. En resumen, la población afrocolombiana en su conjunto tiene los menores ingresos, concentrándose en los dos primeros quintiles. Esto significa condiciones de vida inferiores comparadas con las de la población no afrocolombiana, así como la existencia de desigualdad debido a la polarización del ingreso.

También es claro que hay una estrecha relación entre el peso de la población menor de 20 años por género y tipo de hogar para el primer quintil de ingresos y para el total de los cinco quintiles, por conglomerado del oriente y total Cali (Cuadro No.4). Un poco más del 60% de la población masculina en los hogares afrocolombianos del primer quintil que viven en el oriente es menor de 20 años, mientras las mujeres alcanzan un poco menos del 50%. Al observarse el primer quintil para todo Cali se encuentra mayor juventud para hombres y mujeres afrocolombianos. El mismo fenómeno se cumple para el total de los cinco quintiles. Lo más sobresaliente es que se trata de una población muy joven asociada a condiciones de extrema pobreza con una sobreparticipación de población masculina menor de 20 años.

Cuadro No.4

Población menor de 20 años por género y tipo de hogar en el conglomerado oriente y total Cali, primer quintil y promedio cinco quintiles (%).

Primer quintil	Hogar afro		Hogar no afro	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Oriente	61.2	48.9	49.4	41.9
Cali	57.2	43.4	47.7	37.9

Total 5
quintiles

Oriente	47.7	41.6	41.6	36.9
Cali	40.8	37.6	36.7	30.5

Fuente: Encuesta Banco Mundial – Cidse / Univalle Septiembre 1999

Esto es necesario relacionarlo con una notoria visibilidad de hombres jóvenes –niños, adolescentes y jóvenes adultos– en las barriadas de sectores populares, pero que en el caso de la población negra es más intenso por ser más pobre. Tal visibilidad puede observarse a través de los grupos de pares (*parches*), sobre todo en el oriente de la ciudad. Esto no quiere decir que la población masculina en esas edades sea numéricamente mayor que la femenina, ya que es lo contrario. Más bien se nos presenta una población masculina extremadamente joven, mucho más que la femenina, con un fuerte desbalance de figuras masculinas en edades superiores a los 20-25 años; ello se convierte en un elemento que contribuye a la construcción de las subjetividades masculinas de los jóvenes negros en la medida en que el mayor peso demográfico en estas edades para los hombres favorece una situación de fuerte competencia y disputas entre pares, especialmente si una buena parte de ellos está por fuera del sistema escolar. En este contexto pueden magnificarse ciertos atributos de hombría asociada a la virilidad y a la capacidad de desafiar o responder al desafío e imponerse en medio de los otros a través de diversas expresiones violentas.

Finalmente hay que advertir que el ciclo recesivo de la economía colombiana, y en particular la de Cali y el Valle del Cauca durante los últimos tres años ha intensificado la situación de pobreza y desigualdad, tal y como han mostrado dramáticamente los últimos estudios (Urrea y Ortiz, 1999; Hentschel, 1999; Informe Final Banco Mundial sobre Cali, 2000; Informe Desarrollo Humano, Misión Social, DNP, 2000; Fedesarrollo Encuesta Social, 2000). La recesión ha afectado a todas las capas de la ciudad, aunque con mayor intensidad a los sectores populares de las dos periferias, y en particular a la gente negra. Es un elemento a tener en cuenta para encuadrar el ejercicio de la violencia inter-barrial, en especial la que se da desde los barrios populares a otros sectores de la ciudad más acomodados; también para entender los renovados esfuerzos que hacen las organizaciones guerrilleras para reclutar con paga a jóvenes, no necesariamente pandilleros, a pesar de experiencias negativas pasadas.

Algunas tendencias de la violencia en Cali

El patrón observado en el gráfico 1 permite registrar una tendencia, para las dos décadas, de crecimiento sostenido de la tasa de homicidios en Cali y la región metropolitana, con dos picos pronunciados, 1985-1986 y 1994, con una tendencia rápida en su aumento a partir de 1991. Luego de este último pico hay un descenso significativo pero la tendencia general muestra que, a partir de 1997, ese descenso no siguió y en cambio pueden estarse presentando algunos incrementos a partir de 1999 (así parecen sugerirlo algunos datos no consolidados), aunque manteniéndose por debajo del pico anterior.

Gráfico 1



Fuente: Guzmán, en Urrea y Ortiz, 1999.

Según Guzmán (1999), el contexto particular de Cali que podría explicar el patrón de incremento de las tasas de homicidio, sobre todo para los noventa, estaría relacionado con el narcotráfico y las luchas entre organizaciones rivales, sin descartar otros fenómenos relacionados con el impacto que esta actividad ha tenido sobre otras esferas del tejido social urbano, al dinamizar otras empresas criminales, así como también las pandillas populares –nunca tan articuladas al narcotráfico como lo estuvieron en Medellín. Guzmán (1999: 46) señala que parte de la violencia se explica por la existencia de verdaderas empresas criminales en las que participan sectores pobres, pero que son dominadas por instancias estatales y privadas poderosas; la violencia social en las áreas populares puede tener vasos comunicantes con otras dinámicas de violencia criminal, con lo que coincidimos.

Aún con limitaciones en los datos, es posible detectar áreas de la ciudad donde la incidencia de la violencia es más sensible. Pissot (2000) lo muestra claramente: en las diferentes distribuciones anuales de los homicidios en la ciudad, el 10% de los barrios acumulaban el 40% de las víctimas identificadas; se trata de barrios ubicados en las dos periferias de la ciudad (zona oriente y zona de ladera). Según Guzmán (1999: 53), aunque es cierto que las dinámicas de violencia no son exclusivas de los estratos más bajos, es constatable que sí son ellos los más afectados. En una comparación por estratos con datos de 1996 (Guzmán, 1999: Cuadro No.5), se observa que los homicidios del estrato 1 representan el 85% del conjunto de delitos, tasa que disminuye al aumentar el estrato (en todos los estratos el homicidio supera la mitad de los hechos delictivos); las otras modalidades lo hacen en sentido inverso.

Cuadro N° 5

MUERTES VIOLENTAS Y ESTRATO, CALI: 1996 (ANÁLISIS POR ESTRATO SOCIOECONÓMICO)

Modalidad Hechos Delictivos	ESTRATO							
	Uno	Dos	Tres	Cuatro	Cinco	Seis	S.I.	Total
Homicidios	84.9	77.6	68.1	65.4	59.8	54.3	51.7	70.2
Accidentes Tránsito	6.1	11.0	21.3	19.9	25.0	25.7	31.2	17.8
Pres.suicidio	1.4	4.7	4.2	8.1	6.7	11.4	2.9	4.2
Posibles Accidentes	6.9	5.5	5.8	6.6	5.8	8.6	9.8	6.4
Otros y s.i..	0.7	1.1	0.5	---	2.6	----	4.3	1.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
N	423	762	947	136	224	35	346	2873

Fuente: tomado de Guzmán, en Urrea y Ortiz, p. 47. Cálculos con base en información de datos registrados por la policía metropolitana de Cali.

Por otra parte, si se observa detenidamente la distribución de las víctimas de violencia en 1996 destaca que la mayoría son hombres (93.2%), que cerca de la mitad de ellas están en el grupo de edad de 15 a 25 años (42.6%) y que en referencia a las características fenotípicas registradas predominan las víctimas caracterizadas como “mestizas”; sin embargo, controlando por estratos y en términos relativos, las víctimas de población “negra” de los estratos bajos tienen los porcentajes más desfavorables. En cuanto a la ocupación, predominan los trabajadores informales, pequeños comerciantes, obreros y empleados. Si se tiene en cuenta el sitio anatómico afectado (47.3% la cabeza) y el uso generalizado de armas de fuego (82.3%) se puede postular la presencia de intencionalidad; destaca también el alto porcentaje de presencia de alcohol en las víctimas (36.1% de los casos).

En cuanto a los victimarios, los datos del DANE (“sindicados procesados”, 779 casos en 1996) muestran, en general, idénticas características a las de las víctimas: jóvenes, mayormente hombres, con niveles educativos bajos y en ocupaciones del sector informal, obreros o empleados. Podría pensarse en una dinámica importante de violencia homicida entre *pares* o *iguales*.

La construcción de la exclusión: el imaginario del “ghetto” y el papel de la violencia en zonas del oriente

Cali presenta una geografía racializada: tanto la información estadística disponible como los imaginarios sobre determinadas *regiones morales* apuntan a una representación de alteridad excluyente en donde se combinan, sin poder separarse, el color de la piel y la pobreza, aunque no por ello se deba ello asimilar al fenómeno al observado en otras sociedades con otros patrones de discriminación racial. Se trata de procesos de segmentación que tienen tanto dinámicas endógenas como son resultado de estrategias diversificadas asociadas a la migración e inserción urbana (Barbary, 2000; Urrea y Murillo, 1999).

En los espacios de sobreconcentración negra-mulata se encuentra el uso de la expresión “ghetto” por parte de los jóvenes. Por supuesto, hay un factor de base pre-existente: la mayor pobreza en esas áreas. De esta forma la relación entre pobreza y color de piel está indicando una construcción en el imaginario de unos mecanismos de segregación socio-racial y socioeconómica que no son separables o autónomos y que tiene un soporte “objetivo” en la distribución de la geografía urbana de la desigualdad social. Esta asociación implica que, si bien la desigualdad

social se sustenta en factores de clase, no puede reducirse a ellos. Según Wade (1999), hablando de Aguablanca, *el racismo y la mayor parte de los problemas generales de pobreza y violencia eran experimentados en forma unificada, sin poderse separar en problemas de "raza" y "clase" o identidad y recursos materiales... Sugeriría que la experiencia es vivida de una manera integrada pero en constante tensión con objetivaciones las cuales fragmentan la experiencia en los componentes de raza y clase.*

Ello no significa que la expresión "ghetto" en Cali haga equivalente su situación a la del fenómeno del "ghetto" en sociedades con un tipo de racismo histórico institucionalizado (EE. UU. o Sudáfrica) donde sí se presenta un fenómeno de homogeneidad socio-racial generalizado (cf. Wacquant, 1993A y 1993B). Y ello pese a ser cierto que entre los más pobres urbanos hay una sobre-representación de los hogares afrocolombianos, dato matizado por un relativo proceso de mestizaje racial bajo diversas formas de *blanqueamiento*, asociado a menudo a movilidad socioeconómica.

"Ghetto" procede del rap anglosajón, por la vía de la influencia del movimiento "hip-hop" y ha sido incorporada en general desde inicios de los noventa, con antecedentes de mediados de los ochenta. Aunque la expansión del hip-hop está asociada de alguna forma a la influencia de los medios masivos de comunicación y a las modas culturales, los raperos caleños resignifican el término de acuerdo con sus experiencias. Él parece captar adecuadamente las condiciones de existencia en esas regiones morales estigmatizadas donde residen. Las discriminaciones expresadas refieren el abuso y la violencia policial, la falta de empleo (*no nos dan empleo porque vivimos en el Distrito y porque somos negros*), las agresiones verbales contra la población negra infantil en los barrios limítrofes, la discriminación en el transporte público, la percepción de la inseguridad que la población negra-mulata observa en la población mestiza-blanca al pasar cerca de ella, etc. Se trata de una creación colectiva a la manera de una *comunidad imaginada* (cf. Anderson, 1991) o inventada, que opera a su vez como vehículo cultural de invención de identidades por los jóvenes marginados (para experiencias similares, cf. García Castro y Abramovay, 2000; Santos de Amorim, 1997; Weller, 2000).

Al preguntársele a los jóvenes del barrio Charco Azul (comuna 13) qué significa ghetto, dan una serie de respuestas: es el barrio bajo, barrios de negros, la gente de los barrios del Distrito de Aguablanca, la gente de por aquí, donde hay muchos ladrones, la gente pobre o humilde, barrio donde se vive la violencia, ghetto por ser negro y pobre, esos nombres se los colocan a las invasiones. Justo al lado de estas connotaciones también aparecen otras que hacen referencia a la existencia de lazos de vecindario, de residir entre gente como uno: para mí la palabra es por ser negros y pobres, porque las personas negras somos de sabor y hacemos lo que nosotros queremos y no lo que las otras personas quieren, y también por pobres porque todos somos humildes y tenemos el mismo nivel de vivienda y no nos importa y como todos somos iguales en el ghetto, entonces hacemos lo que queremos. Hay así una autopercepción de exclusión respecto del conjunto de la ciudad que habría sido construida por quienes no viven en ellos, un mecanismo de estigmatización a la manera de regiones morales peligrosas (Agier, 1999)⁷.

⁷/ De una revisión parcial de prensa local en los últimos años, destacamos los siguientes registros sobre Aguablanca, muchos de ellos acompañados de fotografías de jóvenes negros. En título sobresaliente, *la muerte es un acertijo en Aguablanca: en el Distrito ocurrieron 3 homicidios y 12 personas fueron herida* (El Tiempo, Cali-Valle, 16 de septiembre, 1996); *las pandillas tienen su propio mapa* (El País, 9 de agosto, 1998); *el miedo se anida en Charco Azul* (El País, 3 de agosto de 1998); *se deteriora la salud mental en el Distrito: la violencia genera trastornos mentales en comunas 13, 14 y 15* (El País, 27 septiembre, 1998); *programas*

En un concierto de rap que tuvo lugar en el año 1996 en las Canchas Panamericanas de Cali (*Semana por la Paz* organizada por la Arquidiócesis de Cali, La Taberna Nuestra Herencia y la Agrupación Ashanty), se presentaron una veintena de grupos (la mayoría del Distrito de Aguablanca) cuyas líricas recursivamente volvían, entre algunos otros tópicos (racismo, esclavitud, discriminación, pobreza) una y otra vez al tema de la violencia en los barrios: *cuidado con la violencia,... yo te disparo* (Poetas de la Oscuridad, El Poblado); *cansados por ser maltratados por la ley, somos chicos del ghetto, mi ghetto, mi barrio, siempre desarmados, de los blancos atacados, la policia siempre hostigando a la gente del barrio* (Hermandad, Charco Azul); referencias a las pandillas y a los diferentes tipos de violencia política (Alto Voltaje, Antonio Nariño); *duros del terror robando y matando por todo el sector* (Black Power, El Vergel). *¡Pum, pum! La gente por dinero se hace matar* (Black Brothers, Charco Azul). Y es que entre los elementos que marcan la vida en las barriadas del oriente, la muerte tiene una presencia sensible en la vida cotidiana, especialmente para los hombres menores de 25 años, según expresan y muestran sus biografías⁸. Esta presencia forma parte del cálculo en las estrategias de sobrevivencia de las familias y de las preocupaciones de padres y adultos, además de las suyas.

Trayectorias de vida de jóvenes negros en barriadas populares del oriente, violencia y teatralización: estereotipos como modelo de identidad en un contexto de exclusión

La violencia social como fenómeno urbano, anclado especial pero no exclusivamente en las barriadas populares, es analizado en esta ponencia como un componente del trasfondo de la vida cotidiana de sujetos concretos, constriñendo sus trayectorias de vida. La aproximación a la problemática de esta violencia y sus nexos con otras violencias la hemos construido desde el campo de la subjetividad, en la elaboración de sus masculinidades.

Hipermasculinidad y violencia

Según Poole (1991), la violencia se puede constituir en un elemento constitutivo de identidad; en su estudio sobre Chumbivilcas (Cusco, Perú) muestra como los más pobres –vistos en el contexto regional también como los más atrasados y “salvajes”– hacen énfasis en ella a la hora de distinguirse respecto a otros grupos, lo que les permite así construir una serie de *valores*

preventivos contra la violencia física en el Distrito de Aguablanca: esta organización [Médicos Sin Fronteras] presta sus servicios en salud a las víctimas de países en guerra o de emergencia por catástrofe. La ONG dice que hay exclusión para la comunidad en el servicio de salud, y en el texto se lee: Salieron de Bélgica, pasaron a los países del Africa, Liberia, Afganistán, Malí y Sudán. Luego se internaron en Tailandia, Asia. También intervinieron en Bosnia y hoy están con sus batas blancas trabajando en el barrio Marroquín, Distrito de Aguablanca (El Tiempo, Cali-Valle, 5 noviembre, 1998). Hay pánico en Charco Azul: el fantasma de la muerte vuelve a rondar las invasiones Sardi y Charco Azul, en el Distrito de Aguablanca, las pandillas amenazaron con prenderle fuego a las casas este fin de semana (El País, 14 de enero, 1999); pandillas asustan a los barrios y empiezan por las comunas más afectadas: para la población del Distrito de Aguablanca y de la ladera de la ciudad, ya es común escuchar sobre los jóvenes que mueren por riñas entre pandillas (El País, 14 de enero, 1999); Charco Azul no quiere cambiar: el azote de la delincuencia y la tolerancia de toda una comunidad a las acciones vandálicas en el deprimido sector de Charco Azul, obligan al cierre de una institución en este rincón del Distrito de Aguablanca (El País, 16 de noviembre, 1999); caen atacadores de buses de Aguablanca: la temida banda “Charco Azul” fue desmantelada (El País, 8 de enero del 2000); la muerte no cede en Aguablanca (El País, 14 de febrero, 2000); en Aguablanca han pedido más vigilancia a la policía. Las pandillas asedian a dos colegios, (El Tiempo, Cali-Valle, 16 de febrero, 2000).

⁸/ Esta ponencia se apoya en hallazgos y análisis de un estudio sobre la construcción de las masculinidades en barriadas populares del oriente de Cali (Quintín y Urrea, 2000).

consensuales de identidad y comunidad moral (cf. también Oliveira 2000). Lo que Poole resalta es la fuerte asociación por esos campesinos andinos entre violencia, bravura, masculinidad y rebeldía: *la violencia se reproduce más allá de lo que parecía “necesario”*. Cada acto de violencia cometido contra un campesino busca mucho más que influir en el comportamiento inmediato de la víctima: *persigue un efecto teatral y construye un mundo simbólico que afecta a un público espectador. Para ser eficaz, sin embargo, este teatro necesita de un público que comparte los símbolos y la jerga en que se presenta el escenario del poder gamonal. Precisa el reconocimiento de los valores de bravura, rebeldía y autonomía masculina con que el gamonal ha escrito el guión simbólico de su poder real* (Poole, 1991: 295).

Las masculinidades hegemónicas en las barriadas populares más pobres de Cali⁹ se mueven en un esquema bipolar de oposiciones que combinan de una manera fuerte dos de las dimensiones imaginarias en la construcción de figuras masculinas. Una primera dimensión, *teatral/escenográfica* (Goffman, 1959 y 1974), de clasificación de atributos construidos por la representación de personajes con marcas visibles (vestimentas, adornos, lenguaje usado, etc.) a partir de la dupla *aletoso/gomelo*. La segunda, *moral*, consiste en la clasificación de los individuos mediante atributos organicistas o biologistas con la dupla *sano/dañado*.

En la primera dimensión, tenemos por un lado el polo teatral hegemónico del *aletoso* unida a la clasificación moral de *gente dañada*, articulando una serie de atributos de otras esferas: el espacio social del parche/calle, la heterosexualidad asociada a la identidad del *hombre hombre*, el imaginario del *ghetto* y la gente *negra*. En el otro extremo, pero formando parte también de la construcción hegemónica, la figura masculina del *sano* o serio, asociada a la familia/calle y a la orientación heterosexual y de comportamientos de *hombre serio*. Pero no hay cercanía entre el *sano* y el *gomelo*, o con respecto de una orientación homosexual, como tampoco respecto a los *barrios bien* o de *blancos-mestizos* a menos que opere un proyecto futuro de movilidad socio-espacial en una segunda etapa: a medida que se mejore en las condiciones de vida se buscará salir del *ghetto*. En este texto nos referimos particularmente a la figura emblemática del *aletoso*, y hacemos notar el papel que la violencia juega en la construcción de sus dinámicas identitarias.

La “figura genérica” del *aletoso*

A partir de los relatos y observaciones realizadas podemos avanzar en la construcción de una serie de indicaciones provisionales para articular analíticamente el universo micro-social de las identidades con los procesos macro de segregación-exclusión urbanas¹⁰. De entrada, es sobre el trasfondo de alta violencia que los jóvenes construyen modelos de identidad. Un joven no puede “hacerse hombre” sin que esté en juego una figura masculina asociada al poder, inspiradora de temor, de *respeto*, por parte sus compañeros y por el espacio que su grupo ocupa. Para ello se ponen en funcionamiento mecanismos de coacción física y psíquica; las armas, sobre todo las de fuego, ofrecen esa capacidad material. Por otro lado, sin embargo, necesariamente la *hombría* es remarcada constantemente en el reto a la muerte, en la muestra del coraje para enfrentar sin miedo a quien la disputa, sin importar las consecuencias para su misma persona.

⁹ / Sobre otros espacios colombianos, cf. Restrepo (1999) para Tumaco; Streicker (1995) para Cartagena.

¹⁰ / Se trata sin duda de procesos más generales relacionados con patrones contemporáneos. Sin embargo, al correlacionarlo con factores contextuales de clase, género y raza, y especialmente de violencia, creemos que es posible detectar ciertas peculiaridades. La expresión “figura genérica” la tomamos de Wacquant (1998).

La resignificación del barrio antes vista puede asociarse a formas excluyentes respecto a una oposición de conductas masculinas (propias de las gentes del barrio) frente a las femeninas o de los “poco hombres” (de los de afuera). Así, son visibles los sentimientos colectivos homófobos entre los grupos de pares, siendo percibidas negativamente las individualidades que se separan de la norma, a partir de la oposición *aletoso/gomelo*. El primero ejemplificaría la masculinidad propia de los sectores populares excluidos, marginados y agresivos, mientras el segundo –su negación– estaría cercano a los comportamientos femeninos y “homosexuales”, impropios de un hombre de barriada. En términos de identidad de género, el modelo hegemónico de sexo-género es bastante rígido, no admitiéndose situaciones ambiguas: se rechaza tanto a los homosexuales como a las mujeres “igualadas”, aquellas que quieren fungir como hombres, al igual que a aquellas que ponen en entredicho la hombría. El papel que juega la violencia (golpizas, violaciones) en el intento por limitar las ambigüedades está presente en los relatos de las relaciones con amantes y novias, constituyéndose sin embargo en un aspecto que amerita mayores investigaciones. En conclusión, una masculinidad desafiada en el contexto colectivo (exclusión racista y desigualdad social) y desafiada cada vez más en el espacio inter-género (las mujeres cada vez más autónomas) se relacionaría con una afirmación de los atributos masculinos antes mencionados, mediante mecanismos de inversión en la escala valorativa y de imagen.

Sin embargo, estos barrios ni sus jóvenes son homogéneos. Se observan fisuras y fugas en el orden de las sociabilidades no obstante la aparente asociación entre pobreza, violencia y exclusión y una forma de vivir la masculinidad. Las fisuras y fugas, a menudo individuales y asociadas a proyectos de movilidad social, se dan tanto en el orden de las prácticas como en el de las actitudes y, especialmente, de las expectativas. Aparecen *contrafiguras*, tanto masculinas como femeninas, que se disocian de la norma y que son, usualmente, fuertemente rechazados. La presencia de personajes que desafían ese orden muestra que la dinámica micro-social en el barrio es muy compleja, como veremos.

Sydney: un joven padre *aletoso*

Joven negro de 17 años, vive en Charco Azul en la humilde casa de su abuela, con su madre Romelia, una tía y Michel, su hermano menor. Las mujeres, migrantes de la zona rural de Tumaco (Pacífico surcolombiano) con escasa escolaridad, se han desempeñado como empleadas domésticas; el papá los abandonó al poco de nacer los hermanos. Padre ya de dos hijos y desertor escolar (alcanzó 5° de primaria), se dedica, como su hermano, al rebusque ilícito. Entre los 10-14 años vendió frutas y jugos como ambulante, pero explica que, por influencia de amigos, vio en el rebusque ilícito una mejor alternativa: *en el rebusque uno se hace la plata en un día*. Además, se trata de *asunto de hombres*, marcando así el paso al mundo de la adultez. Pese a ello, tanto él como su hermano dependen aún de la familia y los ingresos que logran mediante la participación en pequeños robos (bicicletas, motos, electrodomésticos, joyas, carteras) y asaltos a buses no los destinan a los gastos del hogar y sí apenas a la manutención de los hijos; ellos se gastan en la *pinta* (ropa), en la *rumba* (diversión) y en obsequios para la amigas de turno.

Sus ingresos fluctúan considerablemente, entre \$10.000 y \$200.000, entre 50 y 100\$USA: *cogemos bicicletas, de todo, anillos... uno se va para donde la gente tiene. Lejos, entre más lejos es mejor, porque en mi barrio anda mucho la policía, porque es muy caliente. En otros barrios no hay tanta murga* (vigilancia). No obstante, de un modo ambivalente explica que quiere trabajar en lo que sea. *No quiero más robar, porque eso es hasta pecado, hasta pesar me da, ¡hay veces!*. De todos modos, se justifica: entre el que roba y la víctima se produce

una mutua complicidad: *nadie roba a nadie. Si yo le digo a un man 'entrégume' y él me lo entrega es porque quiere. Porque todos dos tenemos las mismas huevas.*

Dice no temer a la muerte, *lo único que sé es que uno se muere un solo día*, y que dentro de su parche el más *hombre ya se murió, era el más parado, el que encañonaba y todo, el que se encendía con los tombo* (policías), *¡ése era el más hombre!*. No le daba miedo, lo respaldaba a uno. Él decía *'no se azaren que todo es conmigo'*. Él tenía 19 años cuando lo mataron. Aunque afirma que nunca ha herido a nadie, explica que *en su parche* (grupo) *nadie es cagado, todos son decisión* (valientes) y que la hombría se demuestra haciendo *vuel*tas (acciones delictivas), sin embargo asume que a veces prefiere que le digan *cagado, peo y no de carácter, porque de carácter más de uno está allá bajo tierra*. Al interior del parche los *hombres* son clasificados según el nivel de cumplimiento en las tareas: *también hay mucho faltón, torcidos con la plata. Si hacen un cogido y traen 100 lucas dicen 'que no, que traje 30' y se guardan el resto: ¡esos son menos hombres!*. La traición trae graves consecuencias (venganzas). Las mujeres no forman parte del grupo de delincuentes: *mi novia conmigo no va a robar porque la enciendo* (golpeo). *Uno puede más que ellas, son muy fáciles de coger. En algunos casos uno se escapa y a ellas las cogen. Me ha tocado que devolverme. Uno es más vivo. Ellas son muy bobas, no corren nada, uno es más parado*. Y es que el riesgo es grande: *yo no robo todos los días, mantengo es en mi casa, a veces mis amigos me dañan la mente y voy, pero ahora estoy quieto porque en cualquier momento se mete una emboscada, van a coger un poco y a matarlos.*

Tener un arma es una señal de hombría, llena de valor: el arma hace que lo respeten a uno como hombre, *todo el mundo lo va a tratar serio*. Las mujeres son también atributo para los hombres, por lo que son cuidadosamente seleccionadas: *bonitas, cuerpo lindo... Feas no, porque en el barrio hablan mucho. Cuando ando con un culo sabroso me siento bien, pero con una fea los mismos amigos dicen 'tiene un culo feo'*. Ha tenido menos relaciones con mujeres blancas o mestizas, pues *me ven con cuchillo, con fierros y se abren; en cambio a las negritas como les gusta su corrinche...* Menos importancia tienen el comportamiento sexual o la paternidad. Y aunque diferencia a la *novia* de las aventuras pasajeras, explica que, si ella se va con otro, *no le pego, eso es ridículo, en la calle si ella me monta los cachos yo también se los monto.*

En esta misma vía, la cercanía a los homosexuales se asume como peligrosa: *si yo me como un man al tiempo me vuelvo así también marica, de tanto comer marica, porque el marica al tiempo también le va a pedir a uno. El que me lo pida sabe que nos vamos a destrampar* (golpear) *los dos ahí mismo. Los maricas sí me lo han propuesto varias veces, por la cuadra había uno y le mantenía pegando cachetadas*. Un homosexual no puede ser aletoso. Algo similar ocurre con los gomelos (*el gomelo es como bobito y uno es más aleta, uno sabe más que el bobito*), quienes se asimilan al homosexual. Los gomelos son vistos como de clase media: *los gomelos tienen más, los aletosos somos pobres. Los gomelos viven en barrios buenos, Villa del Lago, y además los gomelos son blancos, negros casi no*. La apariencia es un elemento clave en la diferenciación entre ellos, pese a que hay prendas que ambos utilizan. *Las zapatillas nunca pasan de moda, hay muchas zapatillas bacanas y caras de 300 y 250 mil, pero yo no le meto toda esa plata, mejor me compro un fierro y le saco más plata. Los gomelos son otra cosa, cogen los pantalones y los tapean* (rasgan) *en la bota y los usan achingados* (apretados); *yo los uso anchos.*

En cuanto a discriminación por el color de piel, *hay veces que me he sentido como mal porque la mayoría de partes donde uno va son personas blancas, pero yo me siento bien con mi color. Hay ratos en Pasoancho (zona residencial), donde voy a trabajar, la gente ‘¡que este negro!’*, pero no le doy mente. Así, estando el centro de la ciudad, áreas recreativas, sitios comerciales de clase media alta y alta, y barrios residenciales, *la gente lo miran raro como si uno fuera un ladrón. Uno es ladrón, ¡pero a veces no ando en nada malo!*

Los jóvenes en medio de la ambigüedad

Otros jóvenes se encuentran en una condición intermedia entre el “aletoso” y el “sano”, en general ellos no tienen un proyecto de vida relacionado con educación, deporte u otra alternativa de ascenso social. Un aspecto importante es que ellos viven en un mundo hostil en el se ven obligados a asumir actitudes agresivas para sobrevivir, de ahí su identificación primera con los aletosos, por ejemplo con la noción de *hacerse respetar*. Al mismo tiempo, son jóvenes en los que la familia sigue teniendo un peso importante y valoran la realización de actividades laborales, así sean esporádicas. Comparten la idea dominante de que las figuras masculinas son de autoridad sobre la mujer, así ella sea la que sostenga el hogar. En el hogar de estos personajes existe un modelo de hombre representado en la figura de la autoridad paterna, (padre, padrastro, tío,...), cuya jerarquía no debe ser cuestionada.

Tanto las actividades lícitas como las ilícitas son posibles trabajos. Su circulación entre los dos mundos puede ser un tiempo para decidir a favor de una u otra actividad. La figura del *caballo* es la del hombre que tiene éxito en alguna actividad. Las mujeres están representadas por dos figuras: las *sanas*, *serias* o *peladas de su casa*, estudiantes y respetuosas de la autoridad masculina; y las *bandidas*, aquellas que sostienen relaciones con más de un joven, percibidas como *igualadas* al subvertir y cuestionar la autoridad masculina, y a lo que los hombres creen deber responder mediante agresiones. Uno de los aspectos claves en esta relación intergénero es que la mujer, a pesar de su condición desigual, parece desafiar la dominación recurriendo a diferentes prácticas (poniéndolo a prueba en el ejercicio de la sexualidad, cuestionándolo públicamente en su capacidad amorosa/erótica, o participando en trabajos típicamente masculinos). Entre ellos las opiniones están divididas entre aceptar las prácticas homoeróticas o rechazarlas, dependiendo de la cantidad de dinero en juego, de la posición (activa/pasiva), de la utilización de condón o de la discreción por parte de los implicados. Sin embargo, tener contacto social con alguien considerado *marica* puede conducir a que a uno lo califiquen de lo mismo.

Julio, entre sano y aletoso

De 18 años, nacido en Cali pero de familia procedente de Timbiquí, ha vivido la mayor parte de su vida en el barrio Charco Azul. Vive con su padrastro (su padre murió siendo él niño), su madre, un hermano mayor, una tía y sus abuelos maternos, en una vivienda de propiedad de estos últimos, quienes los criaron. Estudió hasta 8º grado, pero desertó por razones económicas.

Para él, hombre es el que tiene *huevas*, pero además *uno tiene que demostrar que es un hombre camellando* (trabajando). Es más que una cuestión biológica, un problema de actitudes asociadas a la capacidad de imponerse sobre los demás; el *más hombre* es al que más *respetan* y temen, debe responder con sus obligaciones dentro y fuera de la casa, frente a las mujeres y con los amigos; además debe velar por la familia. Si no tiene tales actitudes se *pierden puntos*, y se es menos atractivo para las mujeres. Sin embargo, la sexualidad con las mujeres es la forma

más importante para demostrar una hombría que no se puede poner en duda por parte de los demás pudiendo ser tildado de *marica*; es un miedo constante a la puesta en duda de la virilidad, retada constantemente por las mujeres y otros hombres. El hombre debe tener la iniciativa: *si uno no les da chimbo (sexo) uno es un marica. El que no se coma la novia entonces es un marica, porque aquí nomás hay puras perritas: ¡si uno no se las picha, uno es marica!* Las mujeres en la casa deben asumir una posición de subordinación y obediencia frente al hombre, quien debe *llevar la voz de mando (sobre) la mujer. Cuando (el hombre) le diga ‘tal cosa (es para) tal hora’ (ella) ya sabe que tiene que estar ahí; ése es el hombre en la casa.* Aunque uno de los componentes de la masculinidad es la realización de actividades laborales, en determinados momentos ello no es posible (por ejemplo, si el hombre está desempleado), pero ahí *no deja de ser hombre porque no tiene camello (trabajo).* En cuanto a hacer oficios domésticos, *si quiere hacer eso pues que lo haga, eso no le quita nada a uno. La mujer ella es la que tiene que hacer los oficios, pero si está camellando uno tiene que hacer el trabajo de la mujer de vez en cuando.* La crianza de los hijos es un compromiso exclusivo de las mujeres.

En el parche, el que más pelea no es el más hombre, ni las demostraciones de fuerza física son elemento indispensable. Hombre *no (es) el que pelea, pero si le buscan pleito tiene que responder.*

No distingue entre jóvenes en actividades ilícitas o lícitas: *es lo mismo, si a ellos le gusta su trabajo, porque eso es un trabajo, si a ellos les gusta robar pues que roben.* En caso de solicitar y no encontrar trabajo es más factible dedicarse al hurto como forma de generar ingresos, en vez de realizar labores domésticas, aunque manifiesta que no ha robado ni lo piensa hacer (*porque no me gusta el hurto y no tengo por qué robar*). Relacionado con esto, el parche de Julio cuenta con una serie de armas con las que *hacerse respetar* si es necesario: *todos tenemos fierros,... ochos (revolver calibre 38), chango, pachas (pistolas hechizas) y hasta una sieta (pistola 7.65 mm);* al asistir a fiestas llevan todo su armamento *porque en la rumba no falta el que se las pique, ‘jah, que no, este man es liebre mía! Y uno no es liebre de nadie, sino que quieren armárselas así.* Dice expresivamente: *yo pillo cualquier tombo (policía) y yo lo veo que viene encima de mí, yo le doy candela (disparo) a esa gonorrea, ¿cómo se me va a llevar el fierro y cómo se me va a llevar a mí?*

Las figuras masculinas divergentes

A diferencia de aletosos y sanos, podemos hallar a otros que en el imaginario barrial son clasificados como “poco hombres”, usualmente sometidos a relaciones que van de la tolerancia, una convivencia con reservas, hasta el rechazo. Se los llama *gomelos* y están asociados a unas determinadas características físicas (cuerpo, vestimenta, adornos, voz, etc.) y sociales (gustos, formas de relacionarse entre sí, etc.). Son también del *ghetto* pues en él mantienen relaciones – familiares y de amistad–, viven, sueñan, esperan, quieren, aspiran quizás, a ser de otro lado y de otra manera... “deseo infinito”, dirá Duvignaud (1995: 171), quien nos acerca así a esa condición, la *anomia*, tan cara a la sociología. Dadas las dificultades para salir del barrio¹¹, su presencia da lugar a una fuerte tensión social que es por ellos expresada en términos puramente individuales - como acontece por lo general al inicio de los procesos de cambio social, a la espera de que el cambio se convierta en rutina y se generalice (cf. Duvignaud, 1991: 32-36) a menudo dramáticos

¹¹/ La cual depende no sólo de circunstancias “materiales”, sino también del nivel de homogeneidad de los barrios; parecería que a mayor hibridación interna más factible es la huida (cf. Pinol, 1994: 66-69).

pues esas situaciones son sentidas de forma ambigua y tensionante. En otras palabras, esas actitudes pueden ser identificadas, en términos psico-sociales, con aquellos comportamientos "distónicos" (Devereux, 1970) que, entre ciertos grupos sociales, llevan a algunos individuos a vivir angustiosamente esas tensiones que resultan de quedar ubicados por fuera de categorías sociales reconocidas, validadas o aceptadas; en este caso, todo lo asociado a los gomelos es visto como de afuera del barrio. Por ello, la homofobia no sería un discurso de estigmatización sólo en cuanto identidad sexual, sino que connota una combinación de clase social y aspectos socio-raciales (cf. Fuller, 1997). En estos casos, la doble exclusión, como hombres pobres/negros y como género marginal, incrementa su condición de excluidos: excluidos en la ciudad y excluidos en la barriada. En palabras de jóvenes negros, *un negro marica no aguanta porque hace quedar mal la raza. No se ve bien, dice otro, eso de maricas es de blancos o mestizos*. Este repudio afecta sobre todo a homosexuales y a travestis, pero no necesariamente a todos aquellos que tienen prácticas homoeróticas activas (p.e. en la prostitución, la figura del *cacorro*). Por último, ellos se encuentran en el polo opuesto de las prácticas de violencia que caracterizarían a los jóvenes aletosos.

Mancini, la huida del barrio gracias al modelaje

De 17 años, Mancini, sobrenombre artístico, nació en Cali y vive en Sardi con un hermano menor, una pequeña hermana de crianza y su madre, una migrante de la zona rural de Tumaco, que se ha desempeñado como empleada doméstica y ahora como ayudante de cocina. Ella está separada del padre de Mancini, migrante chocono y ex-policía hoy en la cárcel por delitos asociados a la banda de Los Caballos de la que fue uno de los líderes¹². Terminó sus estudios de bachillerato y se dedica al modelaje (hoy en Bogotá), sobreviviendo precariamente. Ha participado de espacios y actividades que muchos jóvenes del sector no han conocido, y con amigos en otras zonas de la ciudad, de clases medias bajas y medias.

Esas características específicas a su parecer lo ponen en ventaja respecto a sus vecinos, aún cuando es considerado por ellos como una persona débil y cercana a la homosexualidad (que niega), su *pinta* y por su manera de caminar similar a la de los *gomelos*. Ello no le preocupa, sino que se identifica con esa imagen -aunque ello le suponga algunas burlas y alguna que otra pequeña agresión física- ya que tiene un grupo de amigos modelos que lo estiman y admiran: *en el modelaje me dicen príncipe, por ser el más joven del grupo*.

Para él, ser hombre *es manejar un criterio social, físico, estético, la seguridad en el sostenimiento de una familia y el desenvolvimiento en la sociedad*, en especial en la familia. Existen varias categorías de hombres, *el patán, el amable, el elegante, clásico, deportivo, estudiado*. En su barrio los hombres jóvenes *son los que andan en galladas, pandillas, el que tenga el revólver más grande, la navaja más grande, aquél que se cree hombre porque puede llegar a agredir a otro. La mayoría de los jóvenes que estudiaron conmigo la primaria ahora son ladrones, tres de mis amigos han muerto y otros tienen órdenes de captura*. Pero a su entender, *hombre no es el fortachón, hombre es para el amigo, el vecino*,

¹²/ Con una condena de 30 años, tiene a su cuenta múltiples homicidios. Fue uno de los líderes más activos de dicho grupo de limpieza que después derivaría hacia actividades relacionadas con el narcotráfico y el sicariato. Tras entrar en conflicto con la policía, finalmente el grupo fue perseguido y desmantelado. Dos de los tíos maternos de Mancini fueron asesinados en los últimos cinco años. El padre sólo volvió a tener contacto con él cuando tenía 9 años y vivió momentáneamente a vivir con la madre; desde entonces sus relaciones han sido escasas y conflictivas la interacción de él con su padre no sólo es limitada sino conflictiva al no aceptar el comportamiento "femenino" del hijo. Sobre "Los Caballos", ver más adelante.

el conocido, el que apoya, el que colabora, el que regaña, el que explica. Sólo se hace a medida del tiempo y con muchas cosas que la vida le va dando. El hombre paciente, comprensivo, tolerante, que escucha y comprende lo que le dicen. No el hombre que sin oír ya está actuando contra alguien sin ninguna explicación. No valora las diferencias físicas entre los sexos, aunque no sea igual en el barrio: en Sardi, por la baja información que hay, el hombre es aquél que trabaja en la rusa y llega a dormir o a verse el partido. Rechaza la crítica a las mujeres igualadas, pues en el Distrito de Aguablanca vive gente del Pacífico y se ha creado la imagen de que el hombre ni barre, ni limpia porque eso es de las mujeres. El hombre que no trabaja se vuelve un holgazán porque está sin trabajo y si barre malo, si cocina malo. Muchos creen que el 'hombre hombre' es el que no hace nada, simplemente trabaja y mantiene la casa o, si no trabaja, a dormir o a ver el partido. A nivel personal soy el hombre que se levanta por la mañana arregla una cama, prepara un desayuno para la casa, y luego salgo a hacer mis diligencias personales. También pasa por participar en la vida de los hijos: el que cuida a un niño, el que da amor, porque lastimosamente el padre que se ha criado en un esquema bruto y grosero, el que no lo ve, no lo cuida, no lo baña, está alejado; pero el padre que da cariño a un bebe él no lo ve como el padre sino que pasa a ser un amigo y más adelante va a tener dos opciones, con la madre o con el padre y no como siempre se ha pensado que si uno va hablar algo lo hace con la madre porque el papá no tiene tiempo, o como se ha creado que él es el duro y uno no quiere llorar, no lo puedo hacer delante de mi papá por el temor de que me va a dar una muenda. Curiosamente el discurso sobre el papel del padre es muy diferente a la interacción que él ha tenido con el suyo. La masculinidad no está vinculada al comportamiento sexual o la ocupación -el modelaje puede ser oficio de hombres-: creen que si alguien es homosexual deja de ser hombre. ¡Pero no! Estas personas en su vida cotidiana son hombres comunes y corrientes, la opción de los muchachos es agredirlo a uno porque creen que lo que uno hace no lo trabajan los hombres.

Ha sentido en ocasiones discriminación: *tengo muchas amistades blancas que han sido geniales, super bien, bacanísimos y bacanísimas, pero nunca falta el racista, o aquella persona que no se conforma con la forma de ser de uno. Cuando sale alguien así, ¿qué hago? Le demuestro quien soy. Si ser negro por momentos ha sido un problema, no obstante observa la gran capacidad de resignificación de los estereotipos racistas y ve muchas posibilidades para modelos negros que se salgan de patrones estéticos convencionales, pues a veces se busca la imagen no del negro fino sino del rústico. Antes los negros que ingresaban al modelaje se hacían cirugías; ahora no, en Europa se busca el negro original, natural, ñato, narizón, de boca grande.*

Las identidades en contraste en un contexto barrial de violencia

El aletoso es una figura que trata de contestar el régimen de representación socio-racializado y de clase que en Cali se identifica con lo negro y lo pobre mediante un proceso de trans-codificación (Hall, 1994: 270-272) por el que se reversan los elementos negativos en positivos; la estructura dicotómica de la representación estereotipada no es trastocada; al contrario, es re-hecha y reforzada a partir de la exageración de atributos (hipersexualidad, arrogancia, arrojo, etc.). Quizás la sobrevaloración del papel de la violencia por parte de estos jóvenes deba ser entendida en este mismo sentido como formando parte de una *política de la representación* que debe ser ubicada dentro de un contexto histórico particular, aunque no específico, de la ciudad de Cali. Spierenburg (1998: 132-133) ha observado, para la Europa de los últimos tres siglos, una progresiva marginalización de la *cultura del cuchillo* –paso de una violencia impulsiva y ritual a

una violencia más planeada e instrumental– que iría en paralelo con una *espiritualización del honor*: un proceso de pérdida de valor de los rituales de la violencia, acompañado tanto de cambios culturales como sociales –por ejemplo, mayor seguridad y aumento del control estatal . Pero también observa cierta expansión en las últimas décadas de esa violencia a nivel de los barrios populares tanto de Europa como de Estados Unidos, lo que Wacquant llama *despacificación* asociada a una mayor inseguridad por el retiro del Estado, que lleva al establecimiento de *códigos de la calle* –de los que tampoco pueden escapar los miembros *decentes* de esos barrios– (Spierenburg, 1998: 144-145).

En dirección, es preciso no sólo analizar el fenómeno de la ausencia del Estado en la vida urbana de las periferias pobres de las ciudades latinoamericanas o de otras sociedades, sino introducir los factores de clase social y racial, tal como lo sostiene Connell (1997: 42) citando a Staples, advirtiendo que el racismo en la sociedad colombiana presenta importantes variaciones respecto al caso norteamericano,

las elaboraciones de Robert Staples sobre el colonialismo interno en Black Masculinity muestran al mismo tiempo el efecto de las relaciones de clase y raza. Tal como él argumenta, el nivel de violencia entre los hombres negros en Estados Unidos sólo puede ser entendido mediante la cambiante posición de la fuerza de trabajo negra en el capitalismo americano y por los medios violentos utilizados para controlarla. El desempleo masivo y la pobreza urbana interactúan poderosamente hoy día con el racismo institucional en la conformación de la masculinidad negra.

Es decir, si bien las formas específicas del racismo en Colombia, sería válida la hipótesis de una hipermasculinidad soportada a través de modalidades sociohistóricas de marginación de clase y racial conjugadas. Por otra parte, en paralelo se produce una dinámica de re-estereotipación de otros grupos o tipos sociales por parte de los grupos subordinados. Estaríamos tentados a ver en el *gomelo* (y quizás en las mujeres *igualadas*) a un **Otro** como contra-imagen que resume en sí misma los aspectos considerados negativos dentro del barrio. Es interesante ver que sobre el *gomelo* se deslizan estereotipadamente (es decir, de forma exagerada y simplificada, cf. Hall, 1994: 257-258) todas las características que tendrían, a ojos de los jóvenes populares negros, los *blancos* de la ciudad. Pero a diferencia de los blancos, sucede que el *gomelo* no puede dejar de ser visto como alguien que es, también, del barrio, negro y pobre. Y así, a la imagen de sí como individuos *normales y completos*, se contraponen la representación del *gomelo* como persona que reniega de sus orígenes: de clase (quiere escapar del barrio), de raza (no quiere ser negro), de género y sexual (de formas amaneradas, poco hombre, del lado de la homosexualidad). Es el *de afuera* que está *adentro*, a su lado, y por lo mismo se convierte en una figura incómoda, subversiva. Ese proceso de estereotipación se acompaña necesariamente de un proceso de segregación y exclusión: el *gomelo* es convertido en una figura *marginal* dentro del barrio.

En este sentido, este modelo de masculinidades opera en un esquema inverso al que formula Elias (1997) en su estudio clásico sobre la lógica de la exclusión. Los incluidos en términos émicos son las figuras de masculinidades exageradas que son a su vez excluidos en el orden social superior, mientras las figuras marginales masculinas del barrio constituyen los excluidos o vistos como fuera de la barriada y, en caso de ser hombres negros, tendrían una valoración negativa adicional como renegados.

Articulación o simbiosis de las violencias urbanas con las nacionales: interacciones de los espacios de violencia en la historia urbana de Cali

Como ya mostraba un artículo de Camacho y Guzmán (1990: 49-53) de inicios de la década de los noventa, la fluidez y articulación entre los diferentes tipos de violencia en la ciudad de Cali era una de las características fundamentales. Esa tendencia se habría venido prolongando hasta el presente. Por ejemplo, en medio de una violencia crecientemente “instrumental”, se observaba como se articulaban la que ellos llamaban “política” con aquella asociada a una ética de la intolerancia (“limpieza social”), pero no en la forma de “coletazo” o residuo que quedaba una vez desaparecían de las zonas urbanas los grupos subversivos, sino por el clima generalizado de apelación a la fuerza y la violencia para imponer también los ordenamientos sociales por parte tanto de los sectores dominantes de la ciudad (lo que ellos llaman una “violencia desde la propiedad”, Camacho y Guzmán, 1990: 48) como de los populares en un contexto de débil o indirecta presencia estatal. Esa característica que ellos observan para inicios de los noventa, se habría visto confirmada a lo largo de la década.

De las milicias urbanas a la delincuencia, el crimen organizado, la “limpieza social” y el sicariato

En general la violencia en el Distrito de Aguablanca y en los otros sectores populares de la ciudad están asociados a la comisión de delitos de diferente talante y a su represión, usualmente a cargo directamente de los mismos pobladores o de agentes interpuestos. Se trata de lo que algunos autores, como Vanegas (1998, cap. IV) llaman “justicia popular” (un espectro amplio de acciones y de actores), cuya lógica no puede ser separada de la de las otras violencias. Es seguramente por ese carácter aglutinador de procesos sociales tan paradójico que este apartado retoma brevemente la historia de las violencias trenzadas originalmente desde los grupos políticos armados (M-19, ELN y en muy poca medida las FARC) y su transformación/evolución/articulación respecto a la limpieza social, a la delincuencia organizada (narcotráfico, bandas) y no organizada (pandillas, parches), a la resolución violenta de conflictos (ajustes y retaliaciones particulares).

Las informaciones recogidas señalan que el papel de las milicias del M-19 fue clave en el desarrollo y fortalecimiento de las pandillas en el Distrito de Aguablanca (para una versión similar, pero para Siloé, cf. Vanegas, 1998: cap. VI), así la vinculación que hoy hacen los organismos de seguridad del Estado entre pandillas y grupos rebeldes sea menos clara de lo que ellos pretenden. Entre los años 1982-1986, jóvenes que eran considerados problemáticos (drogadictos, pequeños delincuentes) recibieron instrucción militar, capacitación en el manejo de armas y algunos elementos de ideología política. Como recuerda un reinsertado del M-19¹³, *“es muy verraco pretender que un muchacho que no sabe qué es política, no sabe qué es ideología... Entonces usted empieza a decir un discurso y él le va a decir a todo que sí, y lo que recibe lo procesa de manera diferente, se le crea un balón en la cabeza. Tiempo después usted*

¹³ / Entrevista colectiva a Franklyn Daza y David Macías, exmiembros del M-19, reinsertados (realizada el 18 de octubre del 2000 por Fernando Urrea). De 45 y 42 años respectivamente, con estudios universitarios en pedagogía, rector y vicerector respectivamente del colegio comunitario Ivan Darío López, en el sector de Los Mangos, Distrito de Aguablanca; en su mayor parte con asistencia de jóvenes negros de los barrios de ese sector (750 estudiantes en la actualidad). Franklyn, un hombre negro, lleva 17 años residiendo en el barrio Mojica; mientras David, mestizo blanco, reside en el barrio Siloé (zona de ladera). Según los entrevistados sus “estudiantes en su gran mayoría, en lo que respecta a los hombres, son de “alto riesgo””, para referirse a la potencial participación de ellos en “parches” o “combos” que pueden convertirse en pandillas.

podía ir a hablar con esos muchachos y ellos ¡le echaban unos discursos! Le hablaban de unas cosas y se las mezclaban con otras, se volvían unos versados en echar carreta pero no dicen nada. Eran ‘cantinflascos’ y uno se ponía a hablar con ellos y le daba risa”.

Posteriormente esos conocimientos fueron puestos en funcionamiento por las pandillas; por ejemplo, Los Escorpiones, una de las pandillas más famosas de la época, estaban muy jerarquizados (el rango era marcado por el tamaño relativo de un tatuaje con la figura de un escorpión en la mano izquierda) y utilizaban el “orden cerrado” aprendido en la instrucción militar a la hora de cometer los robos y asaltos. Dentro del Distrito comenzó en el barrio Marroquín, diseminándose luego a La Casona, Manuela Beltrán y Las Orquídeas, Marroquín II Etapa. Su mejor época fue a inicios de los años 90, pero para mediados de la década estaban formalmente acabadas.

Ciertamente había ya previamente pandillas en algunos de esos barrios (p.e., El Vergel o El Retiro, zonas urbanas que apenas empezaban a consolidarse entonces, con altos índices de migración reciente), pero el papel del M-19 fue un poco el de dinamizador de dinámicas pre-existentes. Los jóvenes, formados en las milicias, derivarían hacia el pandillaje. Los ex-milicianos se convierten por lo general en los jefes de las pandillas, empezando a reclutar a otros muchachos más jóvenes. El ELN reproducirá el mismo camino durante la década del 90, pero sus acciones se concentrarán más en la zona de ladera de la ciudad, con resultados muy similares a los del M-19, según anotan los dos reinsertados del M-19.

En ocasiones son los mismos miembros del M-19 quienes terminan por reprimir a esas mismas pandillas, o tratar de retornar cierto orden. Como dice un reinsertado del M-19, *el Distrito de Aguablanca tuvo un problema de falta de autoridad, que ahora empieza a suplir, pero en esa época la autoridad no existía, hasta hace 8 años para allá empezó a haber algún tipo de autoridad. Entonces eso fue lo que le tocó hacer al M - 19 con esas pandillas.* Entre los pobladores se ha construido una valoración dura de las actividades de este grupo guerrillero, especialmente de las consecuencias malignas causadas por la capacitación de los jóvenes en el manejo de armas (Vanegas, 1998: 188-189). Su papel fue activo en acabar con Los Escorpiones; por su parte, la policía acabó con la pandilla *La Mancha Roja*, del barrio Marroquín.

Habría diferencias substanciales entre los procesos acaecidos en Siloé y aquellos que tuvieron lugar en Aguablanca. Aparte la mayor antigüedad de La Loma (Siloé) y de la diferente composición de los contingentes migratorios (básicamente Cauca y Nariño, población más mestiza e indígena que afrocolombiana), las condiciones de abandono del Estado y de pobreza serían similares. Por lo general se asume sin embargo que en la Ladera el componente político fue más fuerte (Vanegas, 1998: 90). Ciertamente antes de llegar las milicias, en Siloé había pandillas que se disputaban zonas de control entre sí, con peleas y retaliaciones, pero funcionaban básicamente a partir de armas blancas. Fue con la incidencia de las milicias del M-19 y luego bajo la influencia del ELN que adquirieron mayor capacidad técnica, especialmente armas de fuego. El proceso seguido por las milicias en la ladera fue, de todas formas, más intenso que en el Distrito de Aguablanca. Por un lado, la llegada de grupos de jóvenes procedentes de Medellín, con mayor experiencia en violencia urbana, y capacitados tanto en Medellín (comunales nororientales) como en la misma Cali por el M-19, daría lugar a una de las pandillas más violentas y famosas (*Los Paisas*). Una vez que el M-19 se replegó de Siloé asediado por el ejército, ellos tomaron posesión del territorio, especialmente del barrio Lleras, pero ya no para trabajar en la

organización y “limpieza” del barrio, sino como banda delictiva atrayendo a otros muchachos del barrio hasta que la policía los desbarató. Por otro, la influencia de los grupos políticos armados siempre fue mayor en la ladera que en la parte plana de la ciudad. En general en la ladera las pandillas están mejor organizadas. Otra de las diferencias, como dijimos sería la característica socio-racial de las pandillas, en Aguablanca con un mayor componente afro-colombiano. Según Franklyn, reinsertado del M-19, los del Distrito, debido a ese elemento, serían especialmente violentos: *son los de mayor sevicia porque ese tipo de pandillero actúa con un doble resentimiento: el de su marginalidad étnica, que él mismo se la cree, y de su marginalidad social. Es diferente con lo que pasa en Siloé, porque el mayor número de jefes de pandillas son negros y están integrados por ellos, son los que ponen la mayoría y son los más violentos, y se viene dando ahora por esa situación acompañada por lo de la moda: a las muchachitas blanquitas les gustan mucho los negritos, entonces ellos se sienten los dueños del mundo. Pero también ese pandillaje se está convirtiendo en una vaina delincencial, las pandillas han comenzado a asaltar, a tener status: por ejemplo, las pandillas dedicadas al sicariato. Sin embargo, su compañero, David, inmediatamente matiza su observación: Los de acá (Siloé) también son violentos y a veces también tienen mucha sevicia, sobre todo porque eso implica ganar status dentro de la pandilla: el que no come de ninguna es un varón, el que mata por ver caer, entonces gana status e igualmente autoridad y todos quieren ser el jefe de la pandilla.*

Los esfuerzos de las organizaciones guerrilleras para utilizar los jóvenes de “parches” o “combos” y en algunas veces ya de bandas conformadas trajo unos resultados perversos, ya que la capacitación recibida de los grupos subversivos por los jóvenes, no cualificó supuestamente nuevos cuadros para la “lucha armada” sino sencillamente incrementó las acciones delincuenciales de los grupos de jóvenes y con el tiempo el entrenamiento militar fue aprovechado por grupos de delincuencia más organizados, ya fuera dedicados a acciones de una envergadura y complejidad mayor (secuestros, extorsiones, etc.) o como asalariados del narcotráfico (guardaespaldas, mandaderos, sicarios), a cambio de parte de las ganancias obtenidas ilegítimamente. Muchos habrían de caer detenidos o muertos por los agentes de seguridad del Estado; en pocas ocasiones cayeron los cabecillas de las organizaciones, aquellos que los habían contratado. Sin embargo, el entronque con esa delincuencia de mayor calibre fue distinto al que se dio en Medellín. Las de Cali nunca tuvieron la estructura, ni la fuerza organizativa y operativa que sí han mostrado las de aquella ciudad. Se trataría más bien de pandillas de muchachos armados con armas rudimentarias, a menudo *hechizas* o con un *changón* (escopeta recortada); en ocasiones la modalidad es la de alquilar las armas a la hora de cometer una fechoría.

Al igual que en la zona de ladera, en el Distrito de Aguablanca se produjo también la articulación entre estos grupos políticos armados y los grupos de limpieza. A veces, con total desconocimiento de que formaban parte de alguno de los grupos armados (especialmente el ELN), empezaban a hacer trabajos en la comunidad y acababan participando en acciones de limpieza social (los llamados *capuchos*, pues iban encapuchados para ejecutar sus acciones), junto con ex-policías, trabajadores o, incluso, delincuentes residentes en los barrios que querían limpiar (ver el relato de Yepeto). Desde finales de los ochenta se reproducen con asiduidad estos grupos de limpieza en los barrios tratando de enfrentar situaciones de inseguridad ciudadana a las que el Estado no da solución. Cuando las fuerzas de seguridad los detenía (aún ahora), los acusaba de pertenecer a las milicias urbanas de alguna de las fuerzas guerrilleras, aún cuando esas relaciones ya habrían acabado, tanto en el caso del M-19 como del ELN.

Aún ahora, el cruce entre la articulaciones entre estos grupos guerrilleros (incluidas las FARC, que sin embargo tienen poco trabajo abierto en los barrios de la ciudad), las fuerzas de seguridad del Estado, los grupos de limpieza, los paramilitares y las pandillas es compleja. Las matanzas de jóvenes en Los Chorros, zona de ladera, hace tres años no tienen aún una autoría clara. La fuerte actividad de los grupos subversivos cooptando y reclutando jóvenes es bastante conocida en los barrios (con salarios, llamados “bonificaciones” o “cuotas de sostenimiento” de entre \$200.000 y \$240.000 por parte del ELN; con reclutamiento forzado por parte de las FARC, pero éstas con poca presencia en Cali). Este tipo de reclutamiento ha sido más frecuente en los últimos tres años en el contexto de la crisis económica que vive la ciudad.

Pareciera que el impacto de la violencia asociada al narcotráfico tuvo un papel menos importante que el que tuvo en Medellín. Allí los narcotraficantes se apoyaron en bases populares extensas para organizarse (por ejemplo, como cordones de seguridad). En cambio, los empresarios “narcotraficantes” en Cali trabajaron de otra forma, cooptando directamente algunos individuos para la organización, como cuadros o agentes directos, tanto a ex-milicianos como a miembros de pandillas, pero sin pretender integrar a las pandillas. El cartel de Cali se organizó en un aparato autónomo, relativamente alejado de los barrios, sin alianzas fuertes allá. Eso podría explicar también la menor fuerza de las bandas inter barriales caleñas comparadas con las de Medellín (por ejemplo, *La Terraza*).

Curiosamente según la percepción de los entrevistados (reinsertados del M-19), la violencia se habría visto agravada tanto por la crisis económica de la región como por “la pérdida de consciencia del papel que los jóvenes deben jugar en la construcción de la ciudad”. Para ellos, “los muchachos hoy están solo interesados en las modas y en el consumo; los de antes eran permeables a los discursos políticos de los grupos rebeldes pues sus condiciones de vida eran muy precarias”. Franklyn dice: *Usted ahora habla con un pandillero o habla con un estudiante con los que nosotros trabajamos y se da cuenta de lo que piensan: uno tiene que empezar a llenarle la cabeza, porque lo único que piensa es que ‘mi mamá no tiene con qué regalarme unas zapatillas’, que ‘en mi casa no hay un televisor de 20” o es que mi grabadora no tiene CD’, entonces ‘que yo me quiero conseguir una’. Ese tipo de valores son los que han perdido a los muchachos. A ello se sumaría la crisis familiar causada por la carga económica sustentada en la mujer y con ausencia del padre, real o figurada (desempleado, sin autoridad...), según el mismo Franklyn.*

Algunos educadores populares, vinculados a movimientos sociales y políticos están organizando lo que llaman “Las Pandillas por la Paz”, un intento por fomentar ciertos valores, a debatir y resolver conflictos sin violencia, de acuerdo a la información suministrada por Franklyn y David. Sin embargo, al igual que otros programas similares, a menudo su incidencia es mínima: su efecto dura el tiempo que el programa los cobija, en buena medida aprovechándose de las ayudas que se ofrecen (talleres, colonias rurales, etc.), pero después vuelven a reincidir.

Una modalidad de articulación de las violencias: banda *Los Caballos*¹⁴

La mejor manera de observar con cierto nivel de detalle el fenómeno de la articulación de violencias en una barriada popular del oriente de la ciudad, con alta concentración de población negra, puede ser a través del relato de un actor participante en una de las pandillas que alcanzó

¹⁴ La entrevista en que se basa esta reconstrucción fue realizada por Michel Agier (Cali, abril de 2000), a quien agradecemos que nos haya permitido utilizarla.

gran publicidad hacia mediados de los años 90: Los Caballos. Esta experiencia es específica a esta zona de la ciudad y no puede generalizarse a la ladera, e incluso a otros sitios en el Distrito de Aguablanca. En este caso no hay participación de actores armados tipo guerrilla o paramilitares, sino más bien es el resultado de la conformación de un típico “grupo de limpieza”. De todos modos este tipo de grupo parece ser el más común en la región del oriente de la ciudad.

De 33 años, Yepeto es un hombre negro originario de Tumaco. El papá era allí un pequeño comerciante de pescado; la mamá, originaria de Buenaventura, a los 16 años se fue a Tumaco a trabajar en un bar; tras separarse, ella se fue a Cali llevando a dos de los hijos, a los que después se unieron el resto de los hermanos. Ella vendía comidas en una galería del centro de la ciudad, mientras él vendía prensa en la calle y hacía mandados a los vecinos. Tras ocho meses se fueron a Buenaventura, donde ella se dedicó igualmente a la venta de comida en el muelle y ellos se pusieron a estudiar. Pronto dejaron de estudiar y empezó la vida en la calle. Se escapó de la casa a los 12 años, viviendo en casa de la mamá de un amigo, hasta que regresó tres años después: la mamá le preparaba la comida y le daba alojamiento, pero lo que él ganaba con actos de pequeña delincuencia era para sus gastos personales. Salió de polizón hasta Puerto Rico, donde estuvo dos meses. Cada vez iba ampliando sus actividades: pequeños hurtos de frutas a barquitas, asaltos a mano armada a barcos de cabotaje, graneros y tiendas en tierra. A los 19 años tenía ya dos hijos. Empezó también el consumo de drogas, rumbas y mujeres; así como las riñas con otras bandas, con heridos y muertos. Un hermano menor, al que estaba muy unido, murió asesinado en esa época. De regreso a Buenaventura casi lo mata la policía en una “acción de limpieza”, por lo que le tocó irse para Cali, perseguido por policías y sicarios, donde trabajó 8 meses en un granero en el que lo colocó su padre; se ganó una rifa (lotería) y compró un ranchito en el barrio Sardi.

Empecé a trabajar por mi cuenta y estaba trabajando bien, o sea sin nada de hurto ni nada de esas casas, con mi señora y mis hijos a lo bien, hasta que llegó pues este señor J. y se me dañó la mente. Claro que no dañó la mente, pero pues,... O sea, que ya él llegó con otras ideas, pero como yo ya tenía eso desde allá, entonces acá dije que a buscar otra vida mejor, pensé yo, entonces ya empezó la delincuencia en uno y en el otro... la banda que de “Los Caballos” y que no funcionó.

El surgimiento del grupo de “limpieza”

Como unos ocho años se habían aposentado un poco de ladrones. Venían a robar casi de todos los barrios, venían de Petecuy, venían de Terrón Colorado, de Siloé. Entonces a mí me llega un compañero (J.), nos conocíamos desde Buenaventura, ya habíamos trabajado juntos. Él llega herido (en un ajuste de cuentas entre narcotraficantes), se dio cuenta que yo estaba aquí, me explica cómo lo habían herido y todo. Le hice comprar una casa acá. La gente estaba aburrida, él trajo como dos revólveres. Yo también tenía uno y la gente estaba aburrida con esa robadera y ya nadie se podía entrar, ya no podíamos venir a visitar a uno. Entonces hablamos. El me dijo *oye, ¿nosotros por qué no limpiamos este barrio? ¿Nosotros por qué no hacemos algo como alguna organización y hablamos con el barrio, y nos unimos diez o tres, o cinco, los que se sientan capaz, y sacamos todo ese poco de basura de acá?* Entonces yo le dije *bueno, entonces vamos a hacer una reunión*. Hicimos una reunión con la gente del barrio, pero secreto ¿sí? O sea, oculta. Llamamos pues a los más del barrio y les dijimos. Les pusimos el tema y dijimos que íbamos a limpiar el barrio y que queríamos una colaboración de la gente, que nos dieran para munición, cuando ya se gastara, y que acá no iba a entrar más ladrón de otra parte, que acá ladrón que viniera ladrón que se iba o se moría. Entonces, sí se formó, entonces se

empezó la limpieza. Éramos como por ahí unos siete más o menos, no todos eran de aquí del barrio: vino gente de Buenaventura y otros de Raposo (zona rural de Buenaventura).

Después tuvimos una reunión con el jefe del distrito de la policía de acá del Distrito de Aguablanca; o sea, en pocas palabras, nosotros buscando apoyo, ¿cierto? Por decir, alguien que nos apoyara a esto que se estaba organizando, y que nosotros simplemente íbamos a hacer era eso, que no queríamos que este barrio tuviera mala fama ni nada de esas cosas. Entonces la policía dijo *que ellos ya estaban aburridos también de que a cada ratito la denuncia. Dijeron pues mátenlos y déjenlos allí tirados, pero piérdanse, pero no se queden por allí, ¿ya? Que nosotros venimos y recogemos y hacemos el levantamiento, que nosotros ya sabemos que es lo que está pasando y listo.* Se empezó así. Eso aparecían los muertos y los policías nomás venían y hacían el levantamiento, ya sabían de dónde eran... o sea, hacían preguntas, *¿quién fue?* Nadie decía nada, porque pues si decía algo pues la gente sabía, porque como la gente era también de aquí, entonces nadie decía nada. La policía sí ya sabía qué era y bueno ellos se ocupaban, hacían el levantamiento y ya no pasaba más nada. Pero hubo un cierto día que mataron un pelado por acá, lo mató un señor, hace como cuatro años lo mataron. Entonces vino la policía a hacer el levantamiento y todo eso. Entonces uno del combo estaba con el fierro aquí, con el fierro con el que habían matado al pelado, pero no era él el que lo había matado, era otro, sino que él tenía el fierro guardado. Llegó la policía y se puso a decir que *estos policías no hacen nada por el barrio ni por nada, no esperan sino que uno haga el trabajo y ellos no más vienen y hacen el levantamiento.* ¡Delante de la gente! Entonces, como eso era secreto, o sea que la gente no tenía que darse cuenta que la policía estaba dándose cuenta de lo que nosotros estábamos haciendo, entonces, claro, ahí mismo que *¡vos fuiste el que lo hiciste! ¡Vení!* Y lo cogieron. Allá está pagando sus cuarenta y cinco años de condena. Ahí vino el desacuerdo de nosotros con la policía, porque ahí dijimos que eran unos falsos. Empezó la prensa a hablar de eso, y nos pusieron un nombre, dizque *Los Caballos*. Ese nombre prácticamente nos los pusieron -caballo supuestamente es una persona que es agresiva o que manda más que todos. Entonces ya era que la prensa *¡Se buscan Los caballos!*, que nosotros cobrábamos por la vigilancia del barrio,... Ya después sí se mantuvo buscando la policía misma; eso militarizaron esto. Esto estuvo amenazado que iban a prenderlo todo integro. Se quedaron estables los soldados y la policía, era una ronda permanente prácticamente como dos meses, esto estuvo bastante amenazado.

Narcotráfico y venta de droga

Nosotros no trabajamos con paramilitares, J. (el inspirador del grupo) simplemente era eso, el combo que teníamos y su negocio que él hacía y no más. O sea que él llegó prácticamente la cabeza porque él tenía más comodidad que los demás, o sea que vivía más bien económicamente solvente, era el que compraba los fierros claro. Hoy no somos así. Ahora como que estamos en esta cosa, viviendo de *la ley del monte*. Por medio de la vigilancia J. tenía un respaldo, ahí se encubría prácticamente todo. Nosotros defendíamos que robaran y él vendía su droga, la gente venía, compraba su droga acá y se iba. Yo no me metí en el negocio ese. El negocio absolutamente era para él. El mismo vendía. Él, la mujer y unos que vivían ahí, que era el brazo derecho de él. Ellos vendían cocaína, marihuana, bazuco, perico. Ellos tuvieron una relación con un grupo que salió en Buenaventura que le decían *el grupo del Rasta*, como una asociación sicaria. Cuando a veces necesitaban apoyo ellos allá, de acá iba gente para que les diera ayuda; y cuando acá se necesitaba apoyo también venían a cuidar también. Todo era individual, era de acá allá, no había vínculos con paramilitares ni con guerrilla ni nada de eso, todo era así.

Aquí en la casa, en Sardi, yo vendía perico ahí. Yo compraba allá en Puerto Nuevo, o sea aquí mismo en Cali en otro barrio. Compraba por allá y venía y lo papeleteaba y vendía toda la noche, toda la noche porque a uno no lo dejan dormir. Después de que venda toda la noche eso es a cada ratico. Del barrio bastante también y de otras partes venían a comprar acá, hasta del centro, y eso que hubo un tiempo en que me andaban buscando con nombre: *¿que dónde es que vive un tal Yépez? Que me han dicho que él es el que tiene la droga.* En Buenaventura yo también vendía: se fabricaba en Satinga. Ellos la mandaban a cocinar y nosotros le comprábamos a cada uno. Unos tenían una casa, una tienda en la mitad del río, *Los mellizos*, una balsa grandota. Eso ahí era una tienda y eran dos mellizos, que el uno vivía en un lado y el otro en el otro y vendían en un lado y el otro, por dos ventanas grandes. Ahí vendían de todo, yo creo que era el simulacro, porque casi todo el que llegaba ahí llegaba a comprar drogas. Llegábamos allí y *¡bueno, tantos kilos!* Le pagábamos, recibíamos aguardiente y salíamos en la lancha, nos íbamos por dentro y llegábamos a Guapi. De Guapi cogíamos barco para Buenaventura. En Guapi lo sacábamos y lo encaletábamos, así en coco o en cualquier cosa. (Comprábamos) por kilos y en Guapi lo embocábamos y sacábamos de 50 gramos, de 70 gramos y de a 100 y lo hacíamos pelotitas. Vendíamos por 50, por 100 o el que quería su kilo le llevábamos su kilo también. Yo no sé, esa plata es como maldita, porque esa plata así mismo como una se la gana, así mismo se le va o la gasta.

Los cobros por la “limpieza” y los encargos de sicariato

Nosotros cobrábamos mil pesos por casa quincenal. Aquí hay trescientas quince casas: a todas estas y a las de Charco Azul también, aunque las de Charco Azul no sé cuántas, fuera de las otras cosas que se hacían, vueltas que a veces se hacían. Como decir que alguien decía *¡vení, Hacé esta vuelta en tal parte!* Y la gente venía, hacía su vuelta y se quedaba quieta acá en el barrio. Que le pagaban por ir a matar a un *man* en cualquier parte, en cualquier barrio, en el centro o en cualquier parte o donde sea; se venía y se hacía el contrato: *Bueno, vale tanto, qué hay ¿tanto así?* Se hacía el trato y *bueno ¿quién va a ir? Que tal julano y julano y bueno, que van tanto,* y la gente va y cuando viene *vea que coja su plata y listo.*

A mí me tocó ir y venir varias veces a Buenaventura, por lo menos que me llamaban para hacer cualquier trabajo a Buenaventura, hacíamos el trabajo y *pum* nos devolvíamos para acá a Cali y quedábamos sanos o sea que estábamos sanos aquí. Gente que les debían plata, que se venían con plata o que había que borrarle alguna millonada o algo así, *pues le doy tanto pues para que me haga esa vuelta.* O alguna persona que había matado a alguien allá y se venían volados de allá, entonces los familiares de allá nos decían *que a mí dijeron que ese man está por allá, entonces ahí tanto para que me lo maten* o algo así. A la casa de la persona a cobrar y si *bueno vamos a darle tantos días para que resuelva esa plata o si no usted sabe se va a morir;* o íbamos viendo que tiene ahí *para llevarnos todo lo que tiene aquí, y usted ya sabe de qué plata es y de qué le estamos hablando y no se vaya a ir, porque si se va usted le matamos a un familiar suyo, a su mamá o a cualquier hermano. Queremos que nos responda por esa plata tal día o, si no, díganos qué día venimos, porque nosotros no somos muchachos y no nos vaya a engañar porque usted ya sabe lo que está pasando con nosotros.* Entonces le poníamos la fecha, así que en esa fecha tenía que estar la plata ahí o algo de la plata, entonces nosotros ganábamos porcentaje de la plata, de lo que pagaban, o si no íbamos y como allá había televisor, equipos..., lo que más valor tuviera, y se lo quitábamos y veníamos y partíamos con el dueño.

De ahí, como a los tres años, la organización fue agrupándose mucho, es decir que fueron anexándose más a la agrupación. Ya después Los Caballos prácticamente no vigilaban, sino que vigilaban y hacían lo que les daba la gana con cualquier casa, porque, ¡como eran matones! Yo digo *ellos* porque yo cogí y me retire. O sea, que tomaron esa autoridad, ya estaban tratando de abusar de las casas, ya hacían lo que les daba la gana: *si usted no paga, bueno... entonces se va de la casa*. Y le quitaban la casa a uno y la vendían o hacían cualquier cosa, lo que querían con la casa. Abusaban de muchas peladas (mujeres jóvenes). Cuando llegaban había comida, había jugo, mejor dicho que lo tenían todo, ¡lo que pedían pues! Porque las tiendas, pues también se les cuidaba de que no los fueran a robar, que salían y a comprar sus cosas y llegaban con sus cosas y nadie los robaba nada. Yo me imagino que hasta más caro les salía eso porque, imagínese, la gente cuando no era el uno era el otro que los iba a joder con bebidas, o por algo de comida o por cualquier cosa ahí. Hasta la gente de Villa del Lago estuvo pagando también, porque como toda la gente de Villa del Lago que pasaba por aquí la robaban, entonces, claro, Villa del Lago se abrió. Como ellos no hicieron nada allá, de acá gente de allá pagaban para que limpiaran a la gente de acá, a los que acuñaban acá, entonces ya la gente pasaba tranquila. De modo que el robo se dejó por un tiempo bastante de aquí. No robaban. Digamos que no robaban los otros pero robaban los que hicieron la organización, los que estaban en la organización, entonces eso fue lo malo, por eso yo me retire. Si no, yo creo que todavía estaría la organización, si hubiera estado así como empezamos todavía estaríamos y estaríamos bien, porque hasta la policía estaba contenta.

Ya después de que se amplió también ya no se contentaron con vigilar únicamente el barrio Sardi y Charco Azul, sino que *¡Vamos a buscar la vigilancia de otros barrios también!* Fueron para Siete de Agosto, o sea que ya querían ampliarse para allá, para acá Belisario,... Hablaron también con las juntas de allá y con la junta de acá. Bueno, en la parte de acá de Belisario le aceptaron, pero por acá la gente no les acepto. Eso ya hubo problemas; ya hubo guerra entre los de aquí y los de allá, eso los de allá venían a veces a darle plomo a la gente de acá y de acá la gente iba a dar plomo a los del lado de allá. Allá había otro combo, pero allá no se llamaban así, allá se llamaban era *milicias, milicias popular*. (Acá) sí era una milicia, pero acá no se denominaba milicia sino que se denominaban Los Caballos.

El sicariato por lo menos es de que a mí me pagan por matar: *¿cuánto hay por matar a este? Un millón, dos millones, bueno yo te lo mato y yo cojo mi plata y ya*. Y la limpieza es la comunidad del barrio, *vamos a sacar a todos los que son ladrones y el que vive aquí, y el que no quiera y no roba aquí en el barrio se queda aquí, o si no el que no se va o si no se muere. Ya entonces el que venga de otra parte del barrio, bueno aquí no lo dejamos robar y se muere y lo matamos y listo*, eso es limpieza, decir *vamos a limpiar el barrio de ladrones*. El sicariato ya es diferente, ya vienen de otra parte: *un man que hay que irlo a matar. ¿A dónde es? ¿Cómo es? Vamos a ver, camina vamos a ver cómo es, dónde es, dónde es que trabaja, dónde se mantiene, cómo es él, se mantiene con quién, cuándo y con quiénes, se tiene que analizar mejor dicho el terreno y ahora si bueno ¡pum! Y se hace el golpe*.

La policía no llegó a matar acá, a aprehender sí: al que cogía, para la cárcel. Pero no llegó a coger así a matar a nadie del combo, de otros sí, un día que hubo un enfrentamiento ahí de unos pelados, esos policías cogieron y le pegaron un tiro, dijeron que era ladroncito. Ahora que yo vine otra vez de Buenaventura, que ya estaba todo separado y todo, o sea que, a mí me trataron de insinuar otra vez que, ya que no estaban los malos, los que sí le hacían daño verdaderamente a las casas y todas esas cosas, que si yo tenía con quien hacer algo bueno, pero que no fuera así como

estaba antes. Yo le dije que no porque yo que ya había tenido experiencias, que no quería que volviera a pasar nunca lo mismo, porque la gente tomaba la misma raíz y era el mismo caso, que era un problema de autoridades: *¡es que yo soy el que mato, entonces soy el que mando, yo soy el cacique, yo soy al que llaman el cacique!*

Crisis y desmantelamiento de la banda

Pero ya yo no estaba en la organización, porque a mí no me gusto la forma como que empezaron a actuar. Ya eran robos y ya se metían a las casas, las desocupaban: ¡eran los dueños del barrio! Conmigo no tocaban porque como yo pertenezcía allí, entonces a mí ni me cobraban, o sea que yo estaba ya en otro nivel. Entonces llegaban a la tienda: *¡Necesito tantas botellas!* Y había que bajárselas porque, si no, era muerte. Bueno, esta gente, tomó tanta autoridad que eso traían la gente de allá de otros barrios, por lo menos los pelaos que iban a matar, los traían y los mataban acá. La mayoría fueron ladrones, pero cuando ya ellos empezaron a abusar empezaron a matar gente inocente. Entre una de esas mi mamá. Empezaron a matar gente inocente: un pelado, Francisco, que era de la casa al trabajo, traía una platica y una cadenita, y como era conocido, le quitaron eso y entonces para que no los conocieran tuvieron que matarlo. Por acá también mataron a un señor que había salido de la cárcel, como que lo mandaron a matar, lo mataron prácticamente inocente porque él no era ladrón. Y así comenzaron a matar, o sea que comenzaron a abusar encarecidamente. Probablemente por eso mataron a mi mamá, porque a mí no me gustó, sinceramente, lo que estaban haciendo. Porque cuando hablamos de limpieza, ¡hablamos de limpieza, de que arreglemos el barrio para que tenga otra imagen! Que no vinieran de afuera y el que viviera aquí, si fuera ladrón, que por favor aquí no fuera a robar, porque nadie lo iba a mantener. Entonces, que no robaran aquí: si iban a robar, que robaran en otra parte; si tenían su vicio, pues que fueran a robar en otra parte; y que el barrio lo dejaran sano, o sea que no hubieran robos aquí en el barrio. Se le decía a la persona *vea, pongamos cuidado: a usted ya se le dijo que aquí no venga a robar; entonces no quiero que venga más aquí porque, entonces, o se va a componer o se va a morir*. La gente iba y la cogíamos así. La gente se ponía era de muy valiente, que se las daba, y no *¡pues bueno! ¡Yo voy a robar aquí y que me maten pues!* ¡Robaba y se moría!

Entonces más de uno cogió y se abrió, o sea empezaron a despacharse por allí, otros se quedaban por fuera. Bueno, ahí llegaron: a Ll. ya lo habían cogido, de ahí cogieron a F., él está preso todavía. A J., el *Caballo Mayor*, le pegaron unos tiros, pero él sí quedó vivo, se fue. De ahí prácticamente hubo una guerra entre ellos, porque yo ya me había ido, o sea que eso se cuarteó: los de Buenaventura y los Rasposo, pongámosle así, o sea que este era un combo y este era otro combo; éste quería tener el poder y el de acá quería tener el poder, los de acá mataban a los de allá y los de allá mataban a los de acá. ¡Y era el mismo combo! Bueno, entonces se tuvo que ir J., se fue H., se fue todo el resto del combo que se vino de Buenaventura; se fueron para Buenaventura, los otros quedaron aquí, pero haciendo desastres prácticamente, matando, que *¿cuánto hay para matar a éste? ¿Qué cuanto hay para...?* Se formó una organización de sicarios. Supuestamente los otros iban a matar a J., después dijeron que a ellos también los corretearon, porque los boletearon con la policía por todo el desastre que hacían; ahí se fue C. un tiempo también, que también era del combo. Los otros se fueron para Tumaco; en Tumaco está preso uno, mataron otro..., al que mato a mi mamá lo mataron allá en Tumaco. Un pelado de allá lo mató porque él había matado un señor allá en Tumaco, o sea que allá como que fue a querer montar el mismo terror, el mismo imperio. Entonces esa organización prácticamente se desbarató, hay unos presos y otros muertos. Esa raíz queda, de que hay gente que posiblemente le tiene rencor todavía por cosas que usted hacía y que ¡como se cobraba la plata o la gente se iba! La

gente iba, no cobraba la plata, y le ponían una X a la casa; cuando usted llevaba tres X, *o paga o se va de la casa*. Así, pues claro, la gente mantenía ofendida.

La organización reciente para la defensa del barrio

(A raíz de un enfrentamiento con un combo de otro barrio ellos) dijeron que iban a matar a la gente de acá, que iban a prender a este barrio y que iban a matar a la gente de acá. Entonces como yo ya tenía fama por lo que había pasado antes, entonces la gente era *¡Yepeto!* La gente venía, como yo fui que empecé, que dio que yo era el del cuento, entonces la gente era que *Yepeto para acá, que Yepeto para allá*. Entonces yo les dice que *si querían muerto que muerto iba a haber*. Bueno, nosotros nos armamos, reunir al barrio y les hablé a la gente, y les dije a la gente *¿está de acuerdo con que vigilemos de nuevo el barrio?* Y la gente dijo que sí, que está de acuerdo con que vigilemos al barrio, para que no se fueran a meter. Bueno estuvimos dos meses en eso, dos meses en que vino hasta la policía, la policía vino y no la dejamos entrar, que porque ya esto era la comunidad, todo el barrio. Y que *quién era él que está al frente todo esto*. Yo decía que *yo, que yo soy el que el estoy al frente de todo esto, yo contesto*. Y yo sabía hablar con el teniente, con quién sea que llegaba a mi casa, yo salía y hablaba: *simplemente estamos cuidando de que no nos vayan a venir a prender el barrio*, porque nosotros ya habíamos tenido varios enfrentamientos con ellos, ya habían venido, se había metido por allá por el otro lado, y bueno plomo de allá y plomo de acá, y era como decir una guerra pues. Cuando vino la policía que a tratar como desarmarnos, porque las armas que teníamos no tenían papeles, cayó todo mundo con su arma de la mano y yo les dije *si encuentra a cualquiera de los muchachos que están aquí o los señores que están aquí vigilando el barrio, porque lo que estamos es vigilando el barrio, porque ustedes saben que nosotros nos mestimos por la radio, la televisión, ya, que la gente se diera cuenta del problema que tenemos*, entonces nosotros dijimos *nosotros estamos simplemente vigilando, cuidando nuestro barrio de que no nos vayan a prender, que porque estamos amenazados de que nos van a perder*, y, como todas estas casas eran de madera, las prenden y se prenden todas. Entonces yo dije *si encuentran a cualquiera de los que están aquí con el arma fuera de aquí del barrio cójanlo, llévenlo y métenlo preso porque está fuera del barrio, no está vigilando ningún barrio, ya está buscando qué hacer, pero aquí dentro, dentro del barrio si toca a uno, tiene que cojernos a todos y matarnos a todos porque no vamos a dejar que toquen ningún de los de aquí, estamos es simplemente cuidando el barrio*. Y eso eran todas las mujeres, a la casa que llegábamos, eso era café, pan por la noche. Y venía Telepacífico, venían la televisión a entrevistarnos, la radio; que cómo era que seguía eso y que por la noche era la guerra total.

Nosotros íbamos a partes, a barrios, y comenzábamos que *¿quien está lleno de fierros?* e íbamos y nos las mostraban, policías que quitan fierros y no los entregan sino que vienen y los venden, o comprar por allá también un fierro de venta. A veces uno va así y por allá también aparecía un fierro y lo compraban o, si no, nosotros estábamos por lo menos aquí y hay por allá un man que apareció y que tiene un fierro, pues íbamos y se lo quitábamos: *bueno ¡quieto! Que necesitamos el fierro* y listo. O en tal parte hay un vigilante y la gente iban y encañonaba a ese vigilante y le quitaba en fierro; así, a personas también o a negocios que tenían armas.

Las nuevas generaciones y la situación de violencia más reciente en la zona en medio de la crisis económica que vive Cali

Yo ya les dije *no como vamos a robar acá, robemos afuera y hacemos sus cosas bien y estamos acá y vivimos tranquilos; en su barrio nadie nos viene a decir nada porque robamos por fuera* y si, así la gente lo hizo: empezaron a robar buses, colectivos, taxis y también

tiendas, casas. La gente llagaba ahí a la casa y cuando todos llegaban ¡pum! *Todo el mundo a abrazarse, todo el mundo a requisarse.* Todo el mundo vaciaba ahí y, bueno, contábamos *hay tanto.* Bueno: *al del fierro tanto, a usted tanto,* se repartía. Después yo me sentí como acosado, ya iban a prender el barrio por todas esas cosas, por los robos; uno como que mantenía como apuntado con el dedo: *en la casa de éste es o éste es.* Entonces yo hubo un tiempo que me sentí bastante frustrado. Más que todo, mi mujer, como ella tenía mis hijos, ya después ella me dio uno y yo con mi hijo aquí ya no voy aceptar más robo aquí, *ya más nadie roba aquí y si vamos a hablar de robo vamos a otra parte porque yo no quiero que él vaya a ser como yo,* como yo fui. Ya fui tomando conciencia de las cosas y empecé a ir a una Iglesia: ¡soy evangélico ahora, hablo en Cristo y soy un hombre nuevo ahora!

Hoy no tienen la protección, hay han salido unos grupos, unos muchachitos nuevos que todos andan con fierros robando y nadie les puede decir nada porque si les dicen algo ya quieren es matar a la gente y bueno, ya son los dueños de su barrio. En estos días nomás mataron a un pelado, él era ladrón. Como que se había robado una bicicleta y tal le dijo que la entregara y él dijo que no iba a entregar nada y bueno, vino un carro ahí y a un combo que estaba ahí ¡pam, pam! Les dio plomo; le dio un tiro a un pelado que le traspaso los dos pies, otra pelada que esta ahí la mandó al hospital y el otro pelado que estaba ahí murió después de quedar herido. Y así han matado a varios de esos pelados que andan robando por ahí. Pero los que los matan la gente no sabe quiénes son, de adónde vienen o se van. Vienen y los matan y la gente no sabe quien fue y ya, ya todo se quedo así y ya, muerte perdida y no hay nadie quien reclame. Posiblemente la gente sabe y no quiere decir nada por no meterse en problemas, y así está esto aquí. Ese es el problema, que aquí está como decir *la ley del más fuerte.* Y cualquier cosa mejor quédese callado porque se dan de cuenta y allá vienen y te prenden la casa.

Esbozo de un esquema de interpretación: planos diferenciales de micro poderes que se entrecruzan y potencian

1) El doble juego de pobreza absoluta y relativa

En una vía similar, pero *al contrario*, debería reintroducirse en el análisis el factor de la pobreza relativa, o sea la pobreza a partir de la desigualdad social (desigualdades internas en un área y entre áreas urbanas), la cual es más sensible en la ciudad; como señala Joseph (1994), las ciudades ponen juntos a los “desiguales”, da forma a la segregación y a la confrontación. En este sentido, no hay que olvidar la gran heterogeneidad interna en los barrios populares (Ratcliffe, 1999: 5-8), la que implica pequeños pero sensibles diferenciales de condición de vida y de recursos (aparte de elementos más estructurales como edad, género, ciclo de vida, tiempo de migración, etc.) que pueden ser convertidos en elementos a partir de los que se articulan las dinámicas delincuenciales y de violencia. Recordemos al respecto el enorme peso en estas barriadas populares del oriente de Cali de una población masculina menor de 20 años. Esto puede verse expresado en las diferencias de consumos culturales, que puede a su vez ser observado a través de los diferenciales en niveles de vida y de ingresos. No es la pobreza como ausencia de capitales (patrimonial, cultural, escolar, simbólico, social, etc.) per se (o sea, la pobreza absoluta), sino esa ausencia referida o comparada con los capitales que poseen otros grupos sociales en determinadas áreas geográficas lo que genera una “envidia social” y con ella la presión social por la expropiación de objetos en diferentes escalas por quienes los desean, arrebatándolos a los que los poseen. Sin embargo, este fenómeno no significa una redistribución del poco o mucho “excedente” entre todos sino su apropiación por los “más violentos” con

capacidad de imponer un determinado control territorial entre “iguales” (Bourguignon, 1999: 77-78; Gellner, 1997: 182-202).

2) Pobreza y exclusión económica y socio-racial

La pobreza relativa se vive en forma más intensa en procesos de segregación urbana generadores de exclusión (ver informe síntesis Proyecto Cidse-Ird, capítulo 2). En tal dirección la violencia puede constituir un ingrediente a las reducidas alternativas de movilidad social en las áreas urbanas de mayor pobreza y por lo mismo, un mecanismo importante de acceder a bienes culturales, ya mostrado para Colombia en los trabajos clásicos de Camilo Torres. La pobreza relativa explicaría la violencia en cuanto criminalidad en el robo bajo diversas modalidades que pueden o no estar asociadas al homicidio. La desigualdad social en una ciudad como Cali incluye según vimos factores asociados a procesos de segregación socioeconómica y socio-racial de la población por áreas geográficas.

En esa dinámica de lucha por la “ocupación” del espacio urbano entre clases y grupos sociales, aparentemente la imagen del “ghetto” norteamericano de los setenta, ochenta e inicios de los noventa podría ser considerada como el extremo de lo posible: repliegue del Estado, desagregación respecto de la economía local y homogenización económica de sus residentes (desempleo, empleo precario, no cualificado, ventas ambulantes, pequeña delincuencia...). Este imagen no es posible aplicarse al caso de las regiones del oriente o de ladera de Cali en su conjunto, por sus mismas grandes heterogeneidades socioeconómicas. Sin embargo, sí hay barrios en la región oriente que se acercan a una situación de mayor segregación con exclusión y alta participación demográfica de población negra, alrededor de los cuales las líricas sobre el “ghetto” en los grupos de rap hacen clara manifestación. Curiosamente Cali, una ciudad altamente mestizada en términos raciales, a partir de la expansión de los barrios del oriente durante las dos últimas décadas, vive una situación de tensión racial en los hechos cotidianos de las violencias barriales cuando son reprimidas por grupos de “limpieza” y los propios organismos de seguridad del Estado. Pero entre los mismos jóvenes y sus enfrentamientos por “territorios” es una violencia social de barriadas, sin una clara referencia de clase o fenotipo. (cf. Wacquant, 1993a; Urrea, 2000).

3) La precaria presencia del Estado en las barriadas populares

Pero no es suficiente una segregación urbana para explicar en una sociedad como la colombiana la violencia urbana y sobre todo cuando ésta se expresa en el homicidio. La ausencia del Estado como regulador y ordenador de la vida social es una condición indispensable. Si los territorios urbanos (barrios populares) segregados quedan por fuera de la regulación del Estado (incluso la presencia en algunas pocas dimensiones), al igual que otras esferas de la vida social, la dinámica de la violencia urbana pueden tener mayores implicaciones. Esto significa que son insuficientes la desigualdad y la segregación con exclusión en los ámbitos urbanos para producir violencias urbanas con asesinatos. El tipo de orden social interno en las áreas urbanas segregadas es clave: quién y cómo se controlan las normas sociales de convivencia. En este caso entra el Estado con sus agentes pero también otras entidades, las familias, las organizaciones sociales que representan intereses colectivos y sus representantes, e incluso organizaciones de carácter ilegal con mayor o menor nivel de criminalidad que logran imponer un “orden” respetado por el conjunto de los habitantes de ese territorio urbano. La ausencia de entidades territoriales que garanticen un “orden” favorece el homicidio (Bourguignon, 1999: 79-80). En este sentido cabe señalar que hay datos que muestran cierta reducción del crimen en grandes ciudades en Colombia al poco tiempo de aplicadas varias campañas (reforzamiento de la ley, control de factores de riesgo y

información pública): entre 1994 y 1998: bajó en Bogotá un 27%, en Medellín un 35% y en Cali un 27%. Esos cambios han sido asociados hipotéticamente a un regreso del Estado a las diferentes zonas urbanas (The World Bank, 2000: 5.2).

Este tipo de aproximación permitiría pensar en procesos sociales y en modelos de interpretación de orden más general: la ampliación en las ciudades de la llamada “violencia de cuchillo” y la pequeña delincuencia (Spierenburg, 1998), asociadas a los espacios de retraimiento (segmentación/secesión para unos, o no alcance en el proceso civilizatorio en los términos de Elias, 1998) del control estatal y la generalización de las condiciones de precariedad económica, hasta alcanzar la problemática de un “capitalismo de pillaje” (expresión tomada de M. Weber por Wacquant, 1993a: 273) o de pérdida de un “ethos de producción” en la interpretación de Gellner (1997). Según este último autor, a partir de un modelo casi evolucionista en tres etapas¹⁵, en la tercera, la actual, la violencia se hace de nuevo opcional, pero es ahora muy contraproducente: supone una pérdida del ethos de producción, para basarse en un ethos de distribución (con meras peleas por el control de la circulación de los bienes, en lugar de luchas por la producción). Esta tercera situación puede acaecer cuando una “autoridad soberana está ausente o es incapaz de arbitrar, decidir e imponer su veredicto o no está dispuesta a hacerlo. (Ello...) puede tener sus raíces en el hecho de que el dominio de actividad en que se da el conflicto puede no estar (según el espíritu de la sociedad en cuestión) enteramente sujeto a reglas legales impuestas” (Gellner, 1997: 200), quedando como remanentes “zonas funcionales con cierta independencia”. ¿Podían ser nuestros barrios populares algún tipo de “zona funcional” por fuera del control del Estado y donde ni tan siquiera pueden asentarse controles de grupos subalternos distintos –guerrilla, grupos comunales, paramilitares...? Para Gellner (1997: 196-197), tal proceso tiene implicaciones de más largo alcance, puesto que aun cuando pueda suceder que posteriormente “la riqueza quede neutralizada, el poder y la coacción volverán otra vez a decidir sobre los hombres y asignarles su posición social. Los especialistas en la violencia y la coacción pueden llegar a ser otra vez el estrato dominante de la sociedad”¹⁶.

La ausencia de un “orden social” integrador en las esferas privadas-públicas que articule lo micro y lo macro, permite la aparición de comportamientos “anómicos” (en el sentido de ausencia de normas reguladoras y por lo mismo la pérdida de normas morales, en términos durkhemnianos, la ley –“el orden”- del más fuerte) en los que la violencia lleva a la desaparición del otro: el asesinato como móvil moral-vengador (limpieza), político-de terror (exterminio de los otros) y económico (de control de recursos o bajo la modalidad del sicariato). El efecto de un “orden anómico” es la aparición de micro poderes territoriales urbanos inestables en las áreas segregadas que pueden afectar al conjunto de la vida urbana, pero sobre todo a los sectores sociales más pobres (Pécaut, 1999). Evidentemente, pueden concurrir factores que pueden potenciar esa “anomia”: serían los conflictos étnicos y raciales resultantes de la polarización de clases y grupos socio-racialmente diferentes en el espacio urbano (Elias, 1997).

^{15/} La primera, de violencia contingente y opcional (sociedades agrarias con precaria producción, con ocasionales enfrentamientos por los recursos), donde el control sobre la distribución se ejerce desde posiciones de jerarquía; sería típico de las sociedades segmentarias, equilibradas entre sí. La segunda, de violencia general, obligada y normativa, en manos del Estado o de pequeños grupos que controlan a los demás, precisamente aquellos que dominan la producción y no la distribución (monopolio de poder).

^{16/} En una línea similar, Elias (1998) asocia el paso de las sociedades segmentadas (“guerreras”, dice él) a sociedades con control estatal con la posibilidad de que los grupos sociales subordinados (p.e. las mujeres) encuentren condiciones de libertad mayor y, sobre todo, de mayores probabilidades de igualdad económica.

En este sentido, sobre todo, la “organización de los sectores locales” es un elemento fundamental: gangs y mafias organizadas pueden dar lugar a estados de violencia “ordenada” o “controlada”; su ausencia, a luchas por imponer ordenes alternativos en competencia por bienes escasos.

Sin embargo, hasta aquí los factores anteriores no son específicos a las ciudades en la sociedad colombiana, ya que se pueden encontrar en diferentes ciudades del mundo (las ciudades brasileñas, Caracas, las ciudades norteamericanas durante las décadas del 70 y 80), San Salvador, Kingston, Lima, y seguramente diferentes ciudades asiáticas y africanas.

4) La particularidad histórica del caso colombiano en la violencia de barriada y de otras áreas urbanas en una ciudad como Cali

Sin embargo, en el caso colombiano se articulan otros factores que intensifican las dinámicas de violencia social urbana, ya sea crímenes contra la propiedad o el homicidio, sobre todo el último ingrediente, el país con las tasas de homicidios mayores del mundo, los cuales permiten introducir la especificidad del caso colombiano. Se produce una simbiosis con otras formas de violencia societaria relacionadas con el narcotráfico y el conflicto armado, a su vez cada vez más articulados uno a otro, en forma independiente de motivaciones éticas y políticas, al lado de la pérdida de legitimidad del Estado como regulador de un orden social mínimo contractual, para el conjunto de la población, de suerte que se afecta la vida cotidiana especialmente de los grupos sociales más pobres. En las áreas urbanas, que podían haber sido vistas en primera instancia como un refugio frente a la asimetría del mercado y de la acción estatal (gracias a las simetrías y reciprocidades del parentesco, de la vecindad, de la amistad, etc.; cf. Hannerz, 1998: 115-126), se imponen nuevos patrones basados en el miedo y la desconfianza: una nueva relación que tiene soporte en el *terror* (el cual tiene condiciones específicas de Colombia), con sus consecuencias e implicaciones en los procesos de individualización y desconfianza generalizada (cf. Pécaut, 1999: 9-11).

Estos factores sociales debe analizarse en su interacción respecto a los procesos de segregación urbana con altos componentes de exclusión y concentración racial en condiciones muy precarias, particulares a tipos de urbanización (procesos migratorios y crecimiento urbano bajo condiciones históricas de enormes desigualdades sociales y precarización de la vivienda, al lado de difíciles posibilidades de inserción laboral, al igual que otros bienes y servicios urbanos) y a los procesos económicos y políticos nacionales y regionales (Bourguignon, 1999: 74). Esto significa que la violencia social urbana a su vez interactúa con fenómenos colectivos de generalización de la impunidad en diferentes esferas y la pérdida de controles institucionales (ausencia de autoridad, debido a factores políticos clientelistas y efectos del narcotráfico y la acción de las guerrillas), y a su vez puede agravar más este cuadro de desinstitucionalización. Las condiciones de desigualdad y pobreza relativa, y en algunos contextos urbanos con ingredientes de racismo, aunque no necesariamente pasen por una dimensión integradora del orden, pueden ser agravadas por los efectos perversos de patrones desregulativos de la vida social que terminan por favorecer prácticas salvajes en el manejo de los conflictos individuales y colectivos, resultado de esas condiciones de desigualdad social.

Como lo revelan los datos cuantitativos y los testimonios de trayectorias de vida aquí analizados, pueden observarse formas de articulación prosaicas entre las modalidades de violencia social urbana, resultado de la desigualdad social y pobreza relativas, afectadas en el caso de Cali por el componente de racismo en algunas periferias urbanas con alta concentración de población negra,

con las dinámicas de violencias generadas por los conflictos de orden político (enfrentamiento armado) y económico no legal (narcotráfico). Una conclusión preliminar es que se produce una articulación no jerarquizada de violencias de contextos macro y micro diferentes pero que se superponen y amplifican en determinadas condiciones. En tal sentido los grupos guerrilleros (primero el M-19, luego el ELN) a través de sus diversos intentos por utilizar y controlar las pandillas o “parches” duros y sus líderes en la zona de ladera y en el oriente de la ciudad, especialmente en barrios del Distrito de Aguablanca, produjeron un efecto de multiplicación de la delincuencia al lado de la propia descomposición de los cuadros de las organizaciones armadas, buena parte de ellos cayendo en actividades de rebusque “duro”. Por este fenómeno el mismo término de “milicias” urbanas, cuyos orígenes se remontan a la influencia del M-19 hacia mediados de los años 80, devino, por lo menos en el caso del Distrito de Aguablanca en una organización de “grupo de limpieza” o en algunas veces una pandilla. Se comenta indistintamente entre los habitantes del Distrito de Aguablanca de “encapuchados” o “milicianos”. Por el contrario, en la zona de ladera pareciera que todavía hay una mayor asociación de las “milicias” con la presencia recurrente del ELN.

En el contexto de la severa recesión que se vive en el país y en Cali, el ELN ha reiniciado esfuerzos en sectores urbanos, se tienen rumores en el caso de esta ciudad, para enganchar a jóvenes de barriadas populares en el Distrito de Aguablanca y en ladera mediante el pago de un salario mensual, como antes se anotó, pero aparentemente bajo supuestos diferentes a los anteriores enganches. En este caso pareciera un intento de simbiosis en una especie de “miliciano profesional”. Sin embargo, es aventurado comentar qué tanta cobertura tengan estos esfuerzos en las áreas urbanas; además de que por muchos esfuerzos puedan hacer los mandos guerrilleros en una indoctrinación ideológica de los nuevos reclutas, hasta el presente los resultados son poco alentadores en el sentido de ganar gente para una causa y más bien propiciar la aparición de nuevas bandas.

El narcotráfico en Cali también tuvo su incidencia en procesos organizativos delincuenciales en los sectores populares desde la década del setenta, pero a diferencia de Medellín, por las características del llamado “cartel de Cali”, la coptación o reclutamiento del entorno armado no recayó en los jóvenes de barriadas populares muy pobres ni en pandilleros. La participación en el negocio del narcotráfico pareciera darse entre grupos de jóvenes y adultos de sectores populares pero en forma más dispersa y sin jerarquías o controles de las grandes organizaciones.

Por otra parte, a medida que el conflicto social más global se agudiza otros fenómenos colectivos multiplican y aceleran las violencias urbanas, en particular los denominados “desplazamientos forzados” de sectores de población desde áreas rurales o urbanas que son golpeados por el recrudecimiento de la guerra, por cualesquiera de los actores del conflicto armado. También hay que tomar en cuenta los “desplazamientos forzados” intra-urbanos por factores de violencia, similares a los aquí ya señalados en el caso de Cali, y denunciados por la Iglesia Católica. Los “desplazados” pueden convertirse en blanco de ataques de grupos de limpieza social o de paramilitares (acusados de servir a la guerrilla), o ambas cosas. En esta situación las dos violencias hacen una simbiosis que se autoalimenta.

Lo anterior entonces supone integrar analíticamente los contextos de desigualdad / pobreza relativa con segregación espacial afectados por componentes de racismo en una ciudad mestiza como Cali, comunes a otras ciudades de América Latina y de otras sociedades, al impacto acelerador que la dinámica societal en su conjunto, la ausencia del Estado como regulador del

orden social, el incremento del conflicto armado y sobre todo, el papel del narcotráfico, han tenido sobre los componentes “más urbanos”. En esto la especificidad histórica de la sociedad colombiana es importante. Pero también aquí vale la pena tener la referencia a otras sociedades con procesos de pérdida de control del Estado del orden social, en medio de ejércitos privados de diferentes orígenes que se disputan controles territoriales urbanos y rurales.

En la coyuntura recesiva que vive la ciudad la violencia social hacia, en el interior y desde las barriadas populares del oriente hoy en día puede parecer más dispersa o atomizada en pequeños grupos de jóvenes que intentan acciones de robo y asalto en diferentes espacios (transporte urbano público, robos de motos, bicicletas, prendas de la gente y su dinero, etc.), sin que haya perdido importancia las instancias del crimen organizado, y sobre todo la respuesta también de violencia de los organismos de seguridad del Estado. Los límites entre los comportamientos “ilícitos” de rebusque y “sanos” (rebusque lícito) entre los grupos de jóvenes de “parches” en los sectores populares son muy borrosos. Un joven “sano” también puede entrar en el juego de la lógica de quien de oportunidad (“dar papaya”) para ser robado o asaltado se lo merece y lo justifica, y en ocasiones un “sano” puede colaborar con otros jóvenes en la realización de una actividad delictiva.

5) Subjetividades, masculinidades y violencia

La violencia en las barriadas populares, desde su interior o hacia ella, en una ciudad como Cali, también hay que analizarla desde el campo de la producción de sociabilidades, sobre todo entre la población joven que más asume la ausencia de falta de oportunidades y por lo mismo, en la autopercepción de excluidos. No creemos que sea fecunda una interpretación culturalista ni sobre la violencia en el país, ni sobre los comportamientos de los jóvenes ni las de sus generaciones precedentes; aún más se corre el riesgo de producir otras estigmatizaciones. No nos parece apropiado asumir supuestos valores culturales típicos de los jóvenes caleños, o procedentes de la Costa Pacífica o de otras regiones del país, o ya nacidos en Cali, que los hiciese más proclives a comportamientos “violentos”. En ese sentido nos separamos de otras perspectivas analíticas, ricas en descripciones pero problemáticas en su interpretación (Salazar, 1986). Preferimos una mirada más de análisis de contextos sociales específicos a escala micro y meso que producen eventos que los sujetos organizan a través de sus trayectorias de vida en una teatralización muy dinámica y compleja, pero al mismo tiempo son constreñidos por esos eventos. En la dirección que señalaba ya Elias, ni el total determinismo ni la libertad, sino múltiples situaciones cambiantes.

De acuerdo con lo anterior proponemos a la manera de dos efectos asociados, aunque a su vez se convierten en factores retro-alimentadores de la violencia, en la producción de sociabilidades de los jóvenes de barriadas populares, pueden en determinadas condiciones intensificarla: a) por un lado, un proceso de individualización y de desconfianza generalizada en las estrategias de los residentes en los barrios más afectados por la crisis, o sea, en los barrios más pobres; la “anomia” (una lógica del “terror” y del miedo incide en procesos de desagregación social); y b) por otro, una radicalización de las peculiaridades barriales, en forma de procesos de identidades de “ghetto”, en donde el elemento racial presenta un determinado papel, y de “excluidos” y la violencia (en una dimensión también expresiva) produce diferenciación y por lo mismo, es un mecanismo colectivo de producción de identidades (los “aletosos”).

Dentro del modelo de Gellner antes planteado, se hace una propuesta de comprensión de la rigidez del ordenamiento social de los grupos pertenecientes a las sociedades segmentarias y que se replica en esa tercera etapa que asimila a la que viven ciertas poblaciones en la actualidad: ellas sólo pueden funcionar si “pueden controlar a sus propios miembros y obtener su apoyo al dominar e invadir *todos* los aspectos de sus vidas, sus prácticas rituales, matrimoniales, económicas y de otra índole. O mejor sería expresar todo esto de otra manera: primariamente es definiendo y controlando el acceso a ritos, matrimonios, tierras, etc. como estas unidades se perpetúan y se aseguran la lealtad de sus miembros. Son unidades holísticas, aunque no necesariamente jerárquicas, y el espíritu individualista y de innovación no florece en su seno” (Gellner, 1997: 185). ¿Podría dar cuenta ello de la alta cohesión y coerción interna entre los muchachos de los parches, así como de las segregaciones extremas de las figuras marginales (homosexuales, travestis, etc.)? En paralelo, se afirman “formas regulares de entropía social” (Wacquant, 1993a) donde todos están contra todos, se vive en la sospecha, se rechaza al que está peor que uno, y donde hay una sobrevaloración de todo aquello que va contra lo que para ellos es precisamente lo imposible de obtener (por ejemplo, valorar las actividades delincuenciales versus tener un trabajo estable). Pero por otra parte, también se rechaza al que logra en el medio barrial una opción de movilidad social en la medida en que ésta tenga una ruta diferente a los modelos hipermasculinos.

Precisamente este componente – la hipermasculinidad - de las subjetividades en los jóvenes negros, también común a sectores de jóvenes mestizos, está altamente asociada a eventos de violencia, marcadores del “aletoso”, pero también a veces frecuente en la del joven “sano”, que construye un proyecto de vida en la barriada popular. Este último podrá requerir en algunas circunstancias ciertas dosis de violencia para imponer su voluntad o por lo menos neutralizar a otros actores que lo agredan y sobre todo para conseguir recursos en determinados momentos o en forma esporádica que le permitan de algún modo adquirir parcialmente consumos culturales en las difíciles condiciones de crisis económica de la ciudad.

Bibliografía

AGIER, Michel (1999) L'invention de la ville: banlieues, townships, invasions et favelas, Éditions des Archives Contemporaines, France.

ANDERSON, Benedict (1991) Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism, Verso, London (2a. edición aumentada, 1a. ed. 1983).

BARBARY, Olivier (1999) “Observar los hogares Afrocolombianos en Cali, Problemas teóricos y metodológicos ilustrados”, en: Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. Documentos de trabajo No. 38, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.5-30.

BARBARY, Olivier. (2000) “Mesure et réalité de la segmentation socio-raciale: Une enquête sur les ménages afrocolombiens à Cali”, Inédito, Marseille, 26p.

BARBARY, Olivier; RAMIREZ, Héctor Fabio; URREA, Fernando (1999) “Población afrocolombiana y no afrocolombiana en Cali: Segregación, diferenciales sociodemográficos y de

condiciones de vida”, en: Desplazados, Migraciones Internas y Reestructuraciones Territoriales, Centro de Estudios Sociales–CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp.301-336.

BOURGUIGNON, F. (1999) “Crime as a social cost of poverty and inequality: a review focusing on developing countries”, en Desarrollo y sociedad no. 44: 61-99, Cede-Universidad de los Andes, Bogotá.

BRAUN, Herbert (2000) “Honor, amnesia, maldad y reconciliación en Colombia”, en Revista Foro No. 39: 41-55, Foro Nacional por Colombia, Bogotá.

CAMACHO, Alvaro y GUZMAN, Alvaro (1990) “La violencia urbana en Colombia: síntesis de un estudio exploratorio en una ciudad colombiana”, en Boletín Socioeconómico No. 20: 41-55, Cidse/Univalle, Cali.

COLLIER, Paul (2000) “Economic causes of civil conflict and their implications for policy”, manuscrito, Word Bank (june 15, 2000), pp. 23.

CONNELL, R.W. (1997) “La Organización social de la Masculinidad” en Masculinidad/es, Poder y Crisis, Ediciones de las mujeres No.24, Teresa Valdés y José Olavarría (eds), Santiago, Chile, pp.31-48.

DEAS, Malcolm (1995) “Canjes violentos: reflexiones sobre la violencia política en Colombia”, en M. Deas y F. Gaitán D. Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia, FONADE/DNP, Bogotá, pp. 1-86.

DEVEREUX, George (1970) Essais d’ethnopsychiatrie générale, Gallimard.

DUVIGNAUD, Jean (1991) Herejía y subversión. Ensayos sobre la anomia, Icaria, Barcelona (1ªed. francés, 1973 y 1986).

DUVIGNAUD, Jean (1995) L’Oubli ou la chute des corps, Actes Sud, Paris.

ELIAS, Norbert (1997) Logiques de L’exclusion. Fayard. France.

ELIAS, Norbert (1998) “El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Un estudio sociológico procesual: el ejemplo del antiguo Estado romano”, en La civilización de los padres y otros ensayos, Norma, Bogotá, pp. 199-248 (1ª ed. 1986).

FEDESARROLLO (2000) Resultados Encuesta Social Cuatro Ciudades, Bogotá, Junio del 2000.

FULLER, Norma (1997) Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

GARCIA CASTRO, Mary y ABRAMOVAY, Miriam (2000) “Civil society, culture and youth in Brazil-succeses and limits”, versión inédita, Salvador (Bahia), 27p.

GELLNER, Ernest (1997) “La guerra y la violencia”, en Antropología y política, Gedisa, Barcelona, pp. 182-202 (1ª ed. Inglés, 1991).

GOFFMAN, Erving (1959) The Presentation of Self in Everyday Life, Anchor Books, Garden city NY. Edición española, (1993) La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana, Amorrortu editores, Buenos Aires.

GOFFMAN, Erving (1974) Frame Analysis: An essay on the organization of experience, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

GUZMAN, Alvaro (1999) “Violencia urbana y pobreza”, en “Patrones sociodemográficos, pobreza y mercado laboral en Cali”, documento de trabajo para el Banco Mundial, por Urrea y Ortiz, Noviembre, Cali, pp.45-56.

HALL, Stuart (1994) “The Question of Cultural Identity”, en The Polity Reader in Cultural Theory, Polity Press, Cambridge, pp.119-125 (1ª ed., 1992).

HANNERZ, Ulf (1998) Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares, Cátedra/Universitat de Valencia, Madrid (1a. Ed. inglés, 1996).

HENSTCHEL, Jesko (1999) “Poverty in Cali”, en Colombia, Cali: Towards a city development strategy, **THE WORLD BANK** (2000) june 30, pp. 57-80.

JOSEPH, Isaac (1994) “Le droit à la ville. La ville à l’oeuvre”, en Les Annales de la Recherche Urbaine, no. 64: 4-10, METT, Paris.

MISION SOCIAL (2000) Informe de Desarrollo Humano de Colombia, Departamento Nacional de Planeación, Tercer Mundo Editores, Bogotá.

OLIVEIRA, Pedro (2000) “Crises, valores e vivencias da masculinidade”, en Novos Estudos No.56, CEBRAP, Brasil, pp.89-110.

ORTIZ S., Carlos Miguel (1992) “Los estudios sobre la violencia en las tres últimas décadas”, en Boletín Socioeconómico no. 24/25: 45-76, Cidse-Universidad del Valle, Cali.

PÉCAUT, Daniel (1999) “Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano”, en Revista Colombiana de Antropología vol. 35: 8-35, Bogotá.

PINOL, Jean Luc (1994) “Les historiens et les phénomènes de ségrégation”, en J. Brun et C. Rhein (eds.) La ségrégation dans la ville. Concepts et mesures, L’Harmattan, Paris, pp.59-71.

PISSOAT, Olivier (2000) “Pauvreté, mobilité et violence “urbaine” à Cali à la fin des années 1990”, pour Séminaire Bondy 12-13 déc. 2000, Proyecto Cidse-IRD; notes de l’exposé 15 sept. 2000 à Bogotá, 10 pgs. Agradecemos a O. Pissoat por habernos permitido conocer esta versión preliminar.

POOLE, Deborah (1991) “El folklore de la violencia en una provincia alta del Cusco”, en H. Urbano (comp.) Poder y violencia en los Andes, CBC, Cusco, pp.277-297.

QUINTÍN, Pedro y URREA, Fernando (2000) Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales, Informe final, Cidse-Univalle/Prodir III-Fundación Carlos Chagas, Cali, pp. 289.

RATCLIFFE, Peter (1999) “Housing inequality and ‘race’: some critical reflections on the concept of ‘social exclusion’”, en Ethnic and Racial Studies 22 (1), Routledge, London, pp.1-22.

RESTREPO, Eduardo (1999) “Aletosos. Identidades generacionales en Tumaco”, en M. Agier et al. Tumaco. Haciendo ciudad, Bogotá, ICAN/IRD/CIDSE-Universidad del Valle, pp.151-196.

SALAZAR, Alonso (1986) No nacimos p’semilla , Ediciones CINEP, Bogotá.

SARMIENTO G., Alfredo (2000) Violencia y Equidad, ponencia presentada en el VII coloquio nacional de Sociología ‘Exclusión Social y Construcción de lo Público en Colombia’, Cali, Mayo 3-5 de 2000, 27p., (versión en medio magnetico).

SANTOS DE AMORIM, Lara (1997) “Cenas de uma revolta urbana. Movimento hip hop na periferia de Brasília”, Dissertação de Mestrado em Antropologia Social, apresentada ao Departamento de Antropologia da Universidade de Brasília. Instituto de Ciências Sociais, Departamento de Antropologia, Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Universidades de Brasília, Brasília, 115p., (fotocopia).

SPIERENBURG, Pieter (1998) “Violencia, castigo, el cuerpo y el honor: una revaluación”, en V. Weiler (comp.) Figuraciones en proceso, U.N.C/U.I.S/Fundación Social, Bogotá, pp.116-151.

STREICKER, Joel (1995) “Policing boundaries: race, class, and Gender in Cartagena, Colombia”, en American Ethnologist no. 22 (1): 54-74.

THE WORLD BANK (2000) Colombia, Cali: Towards a city development strategy, June 30, 143p.

URREA, Fernando (1997) “Dinámica sociodemográfica, mercado laboral y pobreza urbana en Cali durante las décadas de los años 80 y 90”, en Coyuntura social, Fedesarrollo e Instituto Ser de Investigación , No.17, Bogotá, Noviembre, pp.105–164.

URREA, Fernando (1999) “Algunas características sociodemográficas de los individuos y hogares afrocolombianos en Cali”, en: Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos, Documentos de trabajo No.38, CIDSE–IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.63-98.

URREA, Fernando; Murillo, Fernando (1999) “Dinámicas de poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de

Cali”, en: Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales, Centro de estudios sociales –CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp.337-405.

URREA, Fernando; Ortiz, Carlos Humberto (1999) “Patrones sociodemográficos, pobreza y mercado laboral en Cali”, documento de trabajo para el Banco Mundial, Noviembre, Cali, p.95.

URREA, Fernando; MEJIA, Carlos Alberto (2000) “Innovación y cultura de las organizaciones en el Valle del Cauca”, en: Innovación y cultura de las organizaciones en tres regiones de Colombia, Urrea, F; Arango, LG; Dávila, C. Mejía, CA. Parada, J. Bernal, CE. Colciencias - Corporación Calidad, Bogotá, pp.81-218.

VANEGAS M., Gildardo (1998) Cali tras el rostro oculto de las violencias, Cisalva-Univalle, Cali.

WACQUANT, Loïc. (1993A) “Banlieues françaises et ghetto noir américain. Éléments de comparaison sociologique”, en M. Wieviorka (dir.) Racisme et Modernité, Éditions La Découverte, Paris, pp.263-277.

WACQUANT, Loïc. (1993B) “De l’amérique comme utopie à l’envers”. En La Misère du Monde, Sous la direction de Pierre Bourdieu, Editions du Seuil, Paris , pp.169-204.

WACQUANT, Loïc (1998) “The Zone”, en P. Bourdieu, La misere du monde, Editions du Seuil (Points –poche), Paris, 279-316 (1a. ed. 1993).

WADE, Peter (1999) “Making cultural identities in Cali Colombia”. En: Current Anthropology, Vol. 40, Number 4, pp.449-471.

WELLER, Wivian (2000) “A construção de identidades coletivas através do HipHop: uma análise comparativa entre rappers negros em São Paulo e rappers turcos-alemães em Berlim”, ponencia presentada en el I Simposio Internacional “O Desafio da diferença: articulando gênero, raça e classe”, Salvador de Bahia, 9-12 de abril.

Otros materiales:

- Periódicos El País y El Tiempo, regional Cali- Valle, 1996 – 2000.
- Entrevistas de jóvenes tomadas de Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales; Quintín, Pedro y Urrea, Fernando; Informe final, Cidse-Univalle/Prodir III-- Fundación Carlos Chagas, Cali, pp. 289.
- Entrevista a Yépez, realizada por Michel Agier; Cali, abril del 2000.
- Entrevistas reinsertados del M-19, Franklyn y David, realizada por Fernando Urrea, Cali, octubre del 2000.